
¡ATENCION... PLATILLOS VOLANTES!
GEORGE H. WHITE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

George H. White

ATENCIÓN PLATILLOS VOLANTES

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

Soñaba. Se encontraba todavía en la extraña ciudad excavada en el subsuelo de Marte, cuyo nombre ni siquiera llegó a conocer.

Allí enfrente, muy cerca, se erguía imponente con sus 300 metros de altura o quizás más, la astronave salvadora en forma de proyectil,

tan grande y en apariencia tan pesada como un gigantesco acorazado puesto de pie sobre la popa.

Él, Arthur Welby, intentaba alcanzar la escalerilla que conducía hasta la nave salvadora, antes que las misteriosas fuerzas encerradas en los sótanos de la ciudad estallaran reduciendo a polvo cósmico el refugio de una raza de hombres gigantescos, cuyo último superviviente agonizaba a dos pasos de allí en mitad de un charco de su propia sangre.

Pero por más esfuerzos que hacía Welby, una fuerza invisible la retenía sujeto al piso. Sabía que la ciudad volaría de un momento a otro; creía escuchar el tic-tac de un péndulo fatal que medía sus últimos segundos de vida… ¡pero alguien o algo le impedía dar un solo paso!

Bañado en sudor frío, sintiendo el veloz escape de los cortos segundos que le quedaban de vida, Arthur cesaba un momento en sus desesperados intentos para mirar aquello que le tenía sujeto de los tobillos.

Era una mano. La mano huesuda y descarnada de un esqueleto. La de Miroslava Michailov, que yacía muerta a sus pies.

—¡Suéltame, Miroslava! —gritaba Arthur transido de horror— ¡Yo no te maté! ¡Yo no deseaba tu muerte, aunque la merecías!

—¡Doctor Welby! —le llamaba una voz extrañamente metálica y clara, que despertaba sonoros ecos en la inmensidad de la cripta donde la aeronave se preparaba para despegar.

Pero no era la voz de Miroslava.

Ella reía desde las profundidades del yelmo de aluminio y cristal que encerraba su cabeza. Reía con una risa loca, satánicamente burlona, de los esfuerzos que él hacía para librarse de su presa.

¡Y la astronave iba a partir! ¡La ciudad volaría en pedazos de un momento a otro!

—¡Doctor Welby! —repitió la voz metálica e imperiosa.

—¡Suelta, maldita! —chillaba Arthur presa de desesperación.

Y empuñando su pistola disparaba contra la cabeza de su novia.

Veía sus balas abrir redondos agujeros en el aluminio de la escafandra. Pero ella seguía riendo. Y Arthur seguía disparando frenéticamente. Ya no le importaba perder la astronave salvadora que en aquellos instantes empezaba a elevarse hacia el enorme agujero que se abría en el techo de la cripta.

Sólo quería hacer callar a la muerta, dejar de oír su risa hiriente de ultratumba.

El cristal azul de la escafandra saltó en pedazos bajo el impacto de las balas. Debajo del cristal aparecía el bello rostro de Miroslava Michailov, intensamente pálido, con los grandes ojos abiertos de para en par, clavando en él una mirada de reproche a la vez que de burlona compasión.

—¡No me mires así! —gritaba Arthur sintiendo que el peso de aquella mirada acusadora era mil veces peor que el sonido de su risa—. ¡No me mires así! ¡Yo no te he matado… yo no te he matado!

Arthur Welby despertó bruscamente, incorporándose del lecho donde dormía.

Con los rubios cabellos pegados a la ancha y sudorosa frente, las grises pupilas abiertas de par en par y la respiración entrecortada, el doctor Welby miró a su alrededor para convencerse de que todo había sido una horrible pesadilla.

Aquello que le rodeaba, sin embargo, no era lo más a propósito para darle la seguridad que buscaba.

Se encontraba en un camarote de proporciones gigantescas, construido todo él a una escala tres veces y media mayor de las medidas que regían para el habitante de la Tierra.

La puerta del camarote, abierta de par en par, medía 8 metros de altura por 3 de ancho. El techo era igualmente altísimo, proporcionado a la medida de la puerta. Y en los muebles, la misma cama donde había dormido Arthur, eran igualmente enormes, como hechos para ser utilizados por gigantes de seis a siete metros de altura. El doctor Welby, y en su caso cualquier otro hombre o mujer de la Tierra, sentían en esta enorme sala la curiosa impresión de haber empequeñecido de tamaño.

Pero no era el doctor Welby quien se había encogido mientras dormía ni el camarote se había ensanchado, ni los muebles habían crecido de tamaño durante su sueño.

El camarote y los muebles eran así cuando el doctor se retiró a aquella cabina en busca de descanso unas horas antes.

Para comprenderlo, Arthur Welby tuvo que retroceder velozmente en el pensamiento al instante que él y sus compañeros descubrieron un cementerio marciano y, en éste, el esqueleto de un gigante que medía alrededor de siete metros y medio de estatura.

Tuvo que revivir en el recuerdo el momento en que la expedición científica penetró en la monumental ciudad subterránea de los marcianos y, en ella, cuando tuvieron el encuentro con el único habitante de la urbe misteriosa.

Luego, velozmente, el doctor Welby rememoró la accidentada fuga de la ciudad a bordo de una descomunal astronave de 300 metros de altura en forma de V-2, la misma que acababa de ver en sueños, y que era la misma en la cual se encontraba ahora volando a través del espacio en dirección al planeta Tierra.

—¡Doctor Welby!

Arthur volvióse en la dirección de donde procedía aquella voz metálica que le había estado llamando en sueños.

En una pantalla de 1,50 por 2 metros de anchura fija en el mamparo del camarote, vivía en maravilloso relieve y en colores naturales la imagen del coronel Whitted, asesor militar de la expedición.

El coronel no veía a Welby, pero su voz llegaba a través del aparato de televisión:

—Si me está escuchando usted acuda a la sala de mando, doctor. Acabamos de establecer contacto con la estación de telegrafía sin hilos de San Francisco.

Súbitamente despejado, Arthur Welby se descolgó de la enorme litera en donde había estado durmiendo y abandonó el camarote para salir al pasillo.

El pasillo, como el resto de las dependencias de la astronave que iba cruzando Welby, era de proporciones exorbitantes para el terrestre.

Para ganar el piso superior, en donde estaba la cabina de los pilotos,

Arthur tuvo que trepar con dificultad por una escalerilla de cristal cuyos tramos estaban separados por una altura de sesenta centímetros unos de otros.

La misma cabina en donde Arthur entró unos instantes después era de dimensiones anormales para el habitante de la Tierra. Los sillones de los pilotos, la mesa del oficial navegante, las palancas de mando y los tableros de instrumentos eran tres veces más grandes de lo corriente.

De hecho, estas medidas eran normales y proporcionadas al tamaño de la raza de gigantes para los cuales había sido construida la astronave. Lo único anormal allí eran los terrestres que ahora la tripulaban.

Toda la expedición, los restos de ella para ser más exactos, estaba reunida en la cabina de mando.

El comandante Steinbek, encaramado sobre uno de los enormes sillones de los pilotos, parecía un enano en relación con el tamaño de su asiento, de las palancas y de las esferas del cuadro de instrumentos.

También estaban allí los ingenieros Durand y O'Neill, el comandante piloto Jones, los tenientes copilotos Muller y Hecht, el coronel Whitted y su ayudante, teniente Eastman, el profesor Tassone, jefe de la expedición, los profesores Keystone, Crawford, Hubbard, Sir Harold Stanley, Jimmu y todos los demás sabios y auxiliares en número de doce.

Incluido el doctor Welby, los tripulantes de la astronave marciana sumaban 27 en total.

Ésto era todo lo que quedaba del grupo de setenta que unos meses atrás despegaron de la Tierra a bordo de diez aeronaves con rumbo al planeta Marte.

Enfrente de los sillones de los pilotos se veía una enorme pantalla de televisión y en ella un globo brillante sobre un fondo negro espolvoreado de rutilantes estrellas.

Por el contorno de los continentes, Welby reconoció en aquel globo al planeta Tierra.

—¡Vaya! —exclamó en una especie de jubiloso sobresalto— ¿Así que estamos llegando a casa? ¿Pues a qué velocidad hemos venido?

—¡Cualquiera lo sabe! —exclamó el teniente Hecht señalando los indicadores del cuadro de instrumentos— No hay cristiano que entienda las marcaciones de esas esferas.

Welby miró a los hombres que le rodeaban, alarmándose de la expresión grave de la mayoría de aquellos rostros.

—¿Qué ocurre? —preguntó sintiendo como el corazón se le encogía en el pecho— ¿A que ahora no hay nadie que conozca la forma de parar este endemoniado vehículo?

—Sabemos pararlo —aseguró el comandante Steinbek desde las alturas de su imponente asiento—. En realidad ya hemos empezado a frenar el impulso que nos trajo desde Marte. Lo que ocurre es mucho peor. —¿Pues qué es? —preguntó Welby volviéndose hacia el profesor Tassone— ¿No dicen haber establecido contacto con una emisora de radio de la Tierra?

—En efecto —contestó Tassone—, y ésta es la contestación a nuestras preguntas.

Welby tomó la hoja de papel que el sabio le ofrecía. Allí, la rápida mano del sargento telegrafista Kelly había escrito:

“ET-LI9 USA NAVY A PROFESOR TASSONE STOP PLATILLOS VOLANTES ATACAN TIERRA DESDE HACE DOS MESES STOP PROBABLE ENCUENTREN ENEMIGOS ESTRATOSFERA STOP ATERRICEN AERÓDROMO LAGO SECO MUROCA”.

Arthur Welby tragó saliva en tanto levantaba sus ojos del papel y los clavaba en el rostro del profesor Tassone.

—Eso es grave ¿no? —murmuró. Y el coronel Whitted exclamó:

—¡Vaya una pregunta! ¡Pues claro que es grave! No solamente para nosotros, que estamos expuestos a un ataque de esos condenados aparatos, sino para en Mundo en general. Si los platillos volantes llevan dos meses atacando nuestras ciudades, ¡calculen el estado en que habrán quedado los centros urbanos más poblados de la Tierra!

Whitted, desde luego, partía de la suposición que los platillos volantes habían estado utilizando bombas atómicas o de hidrógeno contra las grandes ciudades terrícolas.

Así lo imaginó también el doctor Welby, y la visión de un Nueva York, un París o un Londres arrasados por las bombas termonucleares, puso un estremecimiento de frío a lo largo de su espina dorsal.

—Bien —dijo el comandante Jones rompiendo el silencio que siguió a las palabras del coronel—. Para llegar a tierra hemos de cruzar la estratosfera, donde por lo visto operan los platillos volantes. Por

supuesto, nos atacarán. Yo me pregunto si esta astronave que tripulamos no tendrá algún dispositivo, proyectiles cohete de cabeza de combate atómica… algún rayo de sobrenatural poder destructor o vayan ustedes a saber qué arma para atacar o repeler el ataque de un agresor. ¿Quieren que probemos a tocar botones para ver lo que ocurre?

Jones señalaba el monstruoso tablero de instrumentos, lleno de botones, esferas y clavijas que nadie sabía para qué servían.

Los expedicionarios se consultaron unos a otros con los ojos.

—Yo creo que sería muy arriesgado empezar a tocar cosas sin ton ni son — opinó el profesor Keystone—. No sabemos nada de esta máquina, excepto ponerla en marcha y detenerla invirtiendo las instrucciones que nos dio el marciano al despegar. Nunca tendremos bastante tiempo para lamentar la muerte de aquel gigante. El mismo nos hubiera conducido a la Tierra en esta astronave si los rusos no le hubieran asesinado.

El recuerdo de la batalla que tubo lugar en la ciudad subterránea de los marcianos y que terminó con el exterminio de todo el equipo ruso, abrió un doloroso paréntesis en las meditaciones del grupo superviviente.

Hasta que el coronel Whitted carraspeó y dijo irritado:

—Bueno, no recordemos cosas tristes ahora. Aquellos locos descansan en paz, y nosotros no tardaremos en seguirles si no encontramos la forma de repeler el inevitable ataque de los platillos volantes.

—Pues temo que no haya manera de evitarlo —dijo el comandante Steinbek desde las alturas del asiento del piloto—. Si empezamos a apretar botones aquí y allá, lo más probable es que este cacharro estalle como una bomba.

—Sí, eso es lo más probable —apoyó el ingeniero O’Neill.

—Sin contar con que ni siquiera sabemos si los marcianos tenían armada esta astronave como un buque de guerra —añadió Welby pensado en las costumbres de aquella raza extinta de gigantes.

Y el coronel exclamó:

—¿Entonces, hemos de resignarnos a ser atacados y destruidos por los platillos volantes antes que podamos alcanzar un lugar seguro en el planeta Tierra?

—Dudo que en la Tierra exista lugar seguro a donde no puedan llegar las bombas atómicas de los platillos volantes —apuntó Steinbek.

Y Whitted gritó:

—¡Ese no es el caso! Seguro o no, yo prefiero morir en la Tierra, a ser pulverizado en el espacio.

—¡Toma! Yo también —dijo Steinbek. Y después de una pausa añadió —: Tal vez podamos eludir a los platillos volantes.

—¿Cómo?

Steinbek empuñó una lar ga pértiga de madera que nadie sabía de donde había sacado, pero cuyo peso no ofrecía lugar a dudas.

El asiento del comandante quedaba demasiado lejos del tablero de instrumentos para que éstos pudieran alcanzarse con la mano.

Pero con el extremo de la pértiga, Steinbek sí alcanzaba los botones. Apretó uno de ellos. En la pantalla de televisión desapareció el globo brillante de la Tierra. En su lugar apareció una gran mancha fluorescente.

—Ahora tenemos una pantalla de radar que se diferencia poco de los nuestros —indicó Steinbek—; lo descubrí por casualidad hace un rato. Con una pantalla de radar podemos detectar los platillos volantes y apartarnos de su trayectoria con tiempo suficiente para evitar sus proyectiles cohete.

—¿Cree que podrá hacerlo? —preguntó el coronel Whitted— ¿No nos darán alcance?

—¡Ni que lo sueñe! Hemos recorrido cerca de setenta millones de kilómetros desde Marte aquí en menos de cuarenta y ocho horas. Desafío al platillo volante más rápido a que nos dé caza.

—Pero en la estratosfera de nuestro mundo no podremos desarrollar unas velocidades tan enormes —apuntó O'Neill—. ¡El roce del aparato en las altas capas atmosféricas nos volatilizaría como un asteroide!

—Procuraremos que eso no ocurra —contestó Steinbek—. Si nosotros no podemos sobrepasar la velocidad de un asteroide en caída hacia la Tierra, los platillos volantes están en el mismo caso y tampoco pueden desarrollar velocidades superiores a las nuestras. Quizás, después de todo, podamos entrar en la atmósfera de la Tierra a una velocidad que ningún asteroide resistiría. ¿Qué sabemos de esta máquina marciana?

—Nada —contestó Keystone con rapidez—, y por lo mismo que lo ignoramos todo respecto a ella, será mejor no atribuirle poderes que quizá no posea. Con esto quiero decirle que no debe sobrepasar los límites de las leyes físicas que conocemos.

—Así he creído entenderlo —contestó Steinbek haciendo una mueca. Y con una seña a Jones y a los oficiales copilotos añadió—: ¡Vamos allá!

Es resto del grupo se apartó a un rincón de la enorme cabina en tanto los pilotos maniobraban con las colosales palancas de mando.

La astronave caía hacia la Tierra después de haber dejado atrás la órbita de la Luna a una velocidad que era todavía considerable.

En la pantalla de radar, el eco del planeta iba haciéndose más fuerte por momentos. No tardaron en aparecer miríadas de pequeños puntitos fluorescentes que parecían estar a una distancia intermedia entre la astronave marciana y la superficie de la Tierra.

—¡Atención… platillos volantes! —gritó Steinbek.

Pero los platillos volantes, en vez de correr a cerrar el paso de la nave del espacio, se apartaban a derecha e izquierda corriendo a ocultarse tras el disco que formaba el planeta visto a distancia.

—¿No es curioso? —murmuró el coronel Whitted después de observar aquel fenómeno— Diríase que los platillos volantes no quieren nada con nosotros. ¿Por qué?

—La respuesta podría estar en esta misma astronave —apuntó sir Harold Stanley—. ¿Recuerdan lo que nos contó Aarau, el marciano, acerca del ataque que los platillos volantes lanzaron contra la ciudad subterránea?

—Sí —contestó rápidamente Welby—. Dijo textualmente: “Los platillos volantes fueron aniquilados”.

—Así, pues —dijo sir Harold asintiendo—, los habitantes del planeta Hicsos conocen por amarga experiencia el tremendo poder de las armas defensivas marcianas. Quizás sea por esto por lo que ahora eluden tropezarse con nosotros,

¿no creen?

—¡Miren, miren cómo se escabullen esos condenados platillos volantes!

—gritó Steinbek desde su enorme asiento. Después de unos minutos añadió—: Tenemos vía libre hasta la Tierra.

La fantástica astronave, en efecto, descendía velozmente sobre el continente americano sin nada que se interpusiera por delante. Invirtiendo la maniobra de despegue que el gigante protector marciano les había dictado por radio a la salida, los comandantes Jones y Steinbek, auxiliados por Muller y Hetch, frenaron paulatinamente su tremenda velocidad de caída para evitar que el aparato se volatilizara al frotar con el aire de las capas superiores de la atmósfera terrestre.

Así, los expedicionarios tuvieron ocasión de comprobar una vez más, que la fantástica astronave se regía por leyes físicas totalmente desconocidas para ellos.

Con sus 300 metros largos de longitud (más tarde se comprobaría que medía exactamente 340 metros), la astronave marciana era tan grande como los mayores portaaviones terrícolas, y sin duda tan pesada como uno de éstos.

Sin embargo, y tanto para despegar como para atenuar la violencia del aterrizaje, el aparato no utilizaba ninguna de las fuerzas conocidas y empleadas en la Tierra.

La astronave descendió sobre el continente americano en un punto situado aproximadamente entre Springfield y Saint Louis y voló hacia el Oeste a una altura de 18.000 metros y a una velocidad de más de 4.000 kilómetros a la hora en demanda del aeropuerto que las Fuerzas Aéreas norteamericanas tenían establecido en el lago seco de Muroc, cerca de San Francisco.

En aquellos momentos parecía una gigantesca V-2 que surcara el cielo de los EE.UU. tan rápidamente que adelantaba en su carrera al Sol.

CAPÍTULO II

Las instrucciones del operador de radio de la base aérea del lago Muroc llegaban ahora distintamente hasta el tornavoz del receptor de la astronave y llenaban de sonoridades la cabina de mandos:

—Bajen a ocho mil metros. ¿Qué velocidad llevan ustedes?

—El diablo lo sabe —contestó el comandante Steinbek por el micrófono—. Tenemos aquí una montaña de indicadores, pero ignoramos cual sirve para medir la velocidad. Yo creo que estamos volando a unos tres mil kilómetros por hora, dos mach, aproximadamente.

—Reduzcan la velocidad a sólo mil kilómetros —ordenó el operador. Siguieron unos minutos de silencio mientras Steinbek y sus ayudantes hacían retroceder lo que parecía ser la palanca aceleradora.

—Ya está —anunció el comandante.

—¿Conocen su posición?

—Sólo aproximadamente. Carecemos de mapas.

—Acaban de ser detectados por la estación de radar de Tonopah. ¿Ven un lago?

—Sí —contestó Steinbek mirando a la pantalla de televisión—, un lago que tiene una islita en medio. Si no recuerdo mal debe tratarse del lago Mono.

—Es el Mono —aseguró la seca voz del locutor—. Van bien arrumbados. Atiendan ésto. Dentro de unos instantes se encontrarán ustedes con una escuadrilla de cazas a reacción. Si realmente son quienes aseguran ser permitirán que esos aviones les den escolta hasta la base. Bien entendido que a la menor señal de resistencia serán atacados con proyectiles de cabeza de combate atómica. ¿Está claro?

—Pues... sí —balbuceó Steinbek—. Pero, diga ¿a qué viene tal lujo de precauciones? ¿No creen que seamos amigos? —También podrían se enemigos —contestó secamente el locutor—. Una amarga experiencia nos ha demostrado que el enemigo también habla el inglés con acento de Nueva York. ¿Ven nuestros cazas?

El teniente Muller, subido sobre una banqueta de metro y medio de altura, hizo girar una llave en el tablero de instrumentos.

En la pantalla de televisión apareció una panorámica lograda desde un costado de la aeronave. Allá en el horizonte se veía hasta medio centenar de puntos brillantes que rápidamente crecieron de tamaño hasta parecer como sendos rápidos cazas a reacción F-100.

Los cazas se pusieron a volar junto al navío. Welby exclamó:

—¡Vaya! Al menos todavía nos quedan algunos aeroplanos. Temí que

los platillos los hubieran aniquilado a todos.

—¡Aló, Tassone! —gangueó una voz por el aparato de radio de la astronave— ¡Aló, Tassone! ¿Me oyen ustedes?

—Aquí Tassone —contestó Steinbek.

—SALLY al habla. Soy el comandante de la escuadrilla que está volando junto a ustedes. ¡Oigan! ¿Cómo se la arreglan para sostener ESO en el aire?

—¡Qué me maten si lo sé! —contestó Steinbek.

—¡Pero si es más grande que un acorazado! —exclamó la voz del aviador sofocada por la admiración.

—¡Aló Tassone! —llamó la voz clara y potente de la estación del lago Muroc— Les vemos ahora en nuestro radar. ¿Cómo van a aterrizar?

—Como un helicóptero, verticalmente.

Allá en la torre de vuelos de la base aérea, el sargento radiotelegrafista lanzó una ahogada exclamación de sorpresa.

Miró al general Clemmens de las Fuerzas Aéreas, que estaba a un lado retorciéndose con nerviosismo las guías de un bigotito entrecano a estilo Kaiser.

Ante las ventanas acristaladas de la torre, un coronel y dos capitanes registraban ansiosamente el horizonte con sendos pares de potentes prismáticos.

En el gigantesco aeródromo natural que formaba el lecho de un antiguo lago desecado, una formación de tanques maniobraba para tomar posiciones antes que llegara el extraño aparato procedente de Marte.

Aquí y allá se veía correr a los soldados equipados con ametralladoras, cubiertos los rostros con máscaras antigás que estaban apeándose de una larga caravana de camiones del ejército. Más lejos, una sección de artillería mecanizada emplazaba sus cañones apenas desenganchados de los vehículos blindados que los remolcaban.

Y a esta escena daba vigor y un aire particularmente siniestro el aullido de las sirenas del campo, agudas, imperiosas, como apresurando los movimientos de los hombres y las máquinas de guerra.

—¡Atención, ahí llega! —gritó uno de los oficiales que exploraban el horizonte con los prismáticos.

Un instintivo movimiento de curiosidad agolpó a todos los hombres hacia las ventanas acristaladas.

El general Clemmens arrebató los prismáticos al capitán y los asestó sobre el pequeño punto negro que acababa de aparecer en el horizonte.

Con el aliento en suspenso, el general siguió con la vista el avance del extraño aparato. Este llegó sobre la base y se detuvo en el aire. Los aviones a reacción que habían escoltado a la astronave, no pudiendo imitarle en esta maniobra, siguieron adelante y pasaron sobre la torre de vuelos con formidable estruendo de motores que hicieron vibrar los cristales de las ventanas.

La fantástica astronave había quedado ahora inmóvil, flotando sobre el aeródromo con la plácida ingravidez de un colosal dirigible. Cómo podía hacer aquello una nave de apariencia tan pesada, era cosa que no podía comprender ni admitir, el general Clemmens.

No se apreciaba escape alguno de gases, ni batir de hélices, ni manifestación alguna de las misteriosas fuerzas que sostenían a la enorme mole en el aire.

El gigantesco cohete empezó a elevar su proa hasta quedar en posición vertical respecto al suelo que tenían debajo. Esta maniobra dejó estupefactos al general Clemmens y a sus ayudantes.

La astronave descendió suavemente hasta que las alitas estabilizadoras de su popa se apoyaron en el suelo. Entonces, la sólida pista de rodaje del aeródromo, capaz para soportar el peso de los aviones de bombardeo más grandes del mundo, se resquebrajó con un seco crujido bajo el peso del monstruoso proyectil.

La fantástica astronave se hundió cinco metros en el suelo antes de quedar completamente inmóvil, erguida, firme y maciza como un rascacielos de cien pisos.

—¡Nos ha hecho polvo la pista! —exclamó un oficial con acento de admiración y alegría.

El general Clemmens, arrancándose bruscamente del estupor con que había estado presenciando la maniobra de aterrizaje del cohete, se lanzó escaleras abajo para abandonar la torre. Cuando el general y sus ayudantes saltaban dentro de un automóvil jeep, la puerta de acceso

de la astronave, una puerta que medía por lo menos ocho metros de altura, se abría hacia dentro.

En el hueco de este formidable portalón aparecieron un grupo de hombres que hacían señas de salutación agitando manos y pañuelos.

Pero las fuerzas militares concentradas en la base tenían órdenes precisas que siguieron al pie de la letra sin tener en cuenta la acritud amistosa de los tripulantes de la gigantesca aeronave.

Corriendo hacia el aparato desde todos los puntos del inmenso aeródromo, avanzaron levantando nubes de polvo los amenazantes tanques y los jeep armados de ametralladoras.

Todas las bocas de los cañones, incluso las piezas antiaéreas, giraron y enfilaron a la maciza mole que se erguía en mitad del aeródromo. Al pie de los cañones, con una mano sobre el cordón de los percusores, permanecían alertas y desconfiados los artilleros. Con un ojo miraban fija y admirativamente al vehículo interplanetario. Con el rabillo del otro estaban atentos al menor gesto de sus oficiales.

Todo evidenciaba que la astronave iba a pasarlo muy mal si por algún caso intentaba un golpe de sorpresa contra la base.

Sin embar go, parecía que los tripulantes de la aeronave no abrigaban intenciones perversas hacia el aeródromo y las fuerzas acantonadas en él.

Los tripulantes, en número de unos veinte, empezaron a descender penosamente por unas barras de acero adosadas al casco del aparato, las cuales formaban a modo de una escalerilla cuyos tramos estaban demasiado separados unos de otros para la longitud de las piernas de los astronautas.

En este momento empezaron a ocurrir cosas con la rapidez de un relámpago. En las entrañas de un bunquer de cemento enterado en el suelo, un joven operador de radar vio en su pantalla unos puntitos de luz fluorescente que se acercaban con vertiginosa rapidez.

Este hombre sabía que ningún aeroplano podía descender sobre el aeródromo a la velocidad y desde la altura que lo hacían aquellos objetos misteriosos y gritó:

—¡Atención… platillos volantes! —todas las antenas giratorias de radar habían detectado simultáneamente a los objetos que bajaban en velocísima picada sobre la base aérea.

—¡Atención, platillos volantes! —gritaron los altavoces instalados profusamente en todo el perímetro de la base. Las sirenas, que habían enmudecido un minuto antes, volvieron a lanzar al aire su largo y plañidero alarido.

Los cañones de la defensa antiaérea, enlazados por teléfono con la estación de radar, empezaron a levantar sus amenazantes bocas hacia el cielo. Pero los servidores de las restantes piezas de artillería se miraron unos a otros sin saber lo que ocurría.

Igualmente desconcertados, los automóviles que corrían hacia la astronave se detuvieron en seco. Algunos viraron en redondo para regresar a los refugios de donde habían salido.

Pero los tanques siguieron adelante, porque sus tripulaciones no podían escuchar las sirenas entre el estruendo de los motores de sus propias máquinas.

Mientras tanto, el profesor Tassone y toda la plana mayor científica de la expedición habían llegado al suelo y se miraban unos a otros con alarma.

Quince metros por encima de los sabios, el doctor Welby se detuvo en el momento de disponerse a bajar por la escalerilla y tendió la vista a través del aeródromo.

El comandante Jones, que estaba también allí, sacó la cabeza por el hueco de la puerta para gritar a los que estaban abajo o a medio camino hasta el suelo.

—¡Vuelvan a subir! ¡Profesor Tassone… vuelvan a la astronave! Pero ya era demasiado tarde.

Los objetos detectados por el radar americano no eran platillos volantes sino bombas dirigidas lanzadas desde gran distancia y considerable altura por lo platillos volantes.

Un relámpago enceguecedor brilló sobre la base aérea tornando pálida la luz del día.

Era una bomba atómica.

Lanzando una exclamación de sorpresa y dolor, Arthur y el comandante Steinbek se cubrieron con las manos los ojos deslumbrados y quemados por el relámpago de calor producido por la deflagración termonuclear.

Este mismo relámpago, desarrollando un calor de varios miles de grados en una zona de aproximadamente un kilómetro de radio situado inmediatamente debajo de la bola de fuego, incendió instantáneamente los automóviles, algunos tanques y las ropas de cuantos se encontraban expuestos directamente a la deslumbrante luz de la explosión atómica.

Convertidos en antorchas vivientes, el profesor Tassone y la veintena de sabios y demás auxiliares que se encontraban junto a la astronave o descendiendo de ella, rodaron por el suelo lanzando alaridos de dolor que quedaron sofocados por el horrísono estampido de la explosión. Arthur Welby, el comandante Jones y el comandante Steinbek que acababa de llegar procedente de la cabina de los pilotos, retrocedieron de espaldas y fueron violentamente arrojados contra las paredes por la onda expansiva de la bomba.

Esta misma onda barrió a los automóviles que se encontraban en un radio de dos kilómetros, se llevó en volandas a los hombres que ardían como teas, hizo tambalear a la gigantesca astronave, deshizo los barracones de madera contiguos al aeródromo y arrancó los tejados a los demás.

Después de la onda expansiva llegó la onda de succión. Ésta pareció vaciar de aire los pulmones de Arthur Welby y tuvo como efecto que se cerrara la enorme puerta del aparato.

El golpetazo que dio la puerta al cerrarse coincidió con la deflagración de una segunda bomba atómica a escasa distancia de la astronave.

La formidable explosión de esta segunda bomba llegó muy atenuada hasta los tripulantes del aparato, pero debido a su mayor proximidad hizo que la máquina se estremeciera convulsamente de proa a popa.

Arthur Welby, que en aquellos momentos se reponía del deslumbramiento causado por el globo de fuego de la primera bomba, temió por la integridad de la aeronave.

Pero la astronave, aunque se tambaleó peligrosamente, no llegó a tumbarse porque debido a su considerable peso habíase hincado profundamente en el suelo del aeródromo.

Welby comprendió enseguida que el objetivo perseguido por las bombas no era la base aérea, sino la misma astronave posada en él.

—¡Pronto comandante! —gritó a Steinbek, que se incorporaba con aires de aturdimiento— ¡Vuelva a la cabina de mando… hemos de

despegar enseguida!

—¿Cómo? —gritó Steinbek.

Pero comprendiendo rápidamente, sin dar tiempo a que Welby repitiera la orden, corrió hacia el enorme ascensor que ponía en comunicación los 40 pisos de la astronave.

Welby y el teniente Hetch le siguieron a la carrera. El comandante Jones se quedó unos instantes paralizado por la sorpresa. Luego reaccionó y echó a correr tras sus compañeros, entrando en el ascensor cuando éste iba a cerrar sus puertas.

La tercera bomba atómica y la cuarta hicieron explosión simultáneamente cuando el ascensor se ponía en marcha.

Las enormes proporciones de la astronave marciana creaban a los terrestres una serie de problemas. Como quiera que la raza de gigantes marcianos que construyeron la nave eran tres veces y media más altos que los habitantes de la Tierra, todos los botones del ascensor, tiradores de puertas y mandos de la cabina de control estaban situados a una altura fuera del alcance de las manos de los terrícolas.

Ese inconveniente lo habían salvado los actuales tripulantes del aparato acercando sillas, banquetas y cajas a los botones y palancas que necesitaban utilizar.

Desde el cajón de plástico donde se había subido para alcanzar los botones del ascensor, el comandante Steinbek cruzó su mirada con la de Arthur Welby.

—¿Piensa usted lo mismo que yo, doctor? —preguntó el comandante. Arthur contestó:

—Creo que sí.

—¡Claro! —exclamó Steinbek—. Fuimos unos tontos al dudar de si este cohete iba armado o no. Los pilotos de los platillos volantes saben que tenemos a bordo armas de un tremendo poder destructivo. Por eso nos dejaron franco el paso al atravesar la estratosfera. Por eso nos atacan ahora que estamos en tierra firme y no podemos utilizar esas armas —una nueva explosión que hizo estremecer de arriba abajo a la astronave. El ascensor se detuvo bruscamente al llegar a la cabina de control y los pilotos se abalanzaron hacia el tablero de mando.

En este momento, una explosión más poderosa que las anteriores, sacudió brutalmente a la nave del espacio.

Los hombres se tambalearon sobre un piso que oscilaba bajo sus pies. Los metales de la cabina vibraron con estruendo, en tanto saltaban en pedazos y caían al suelo algunos de los cristales de las esferas indicadoras.

—¡Esa nos acertó de lleno! —gritó Arthur asiéndose a las patas de uno de los sillones para no caer.

El proyectil, en efecto, había golpeado con fuerza demoledora contra un costado del cohete abriendo un tremendo agujero en las planchas. Toda la nave crujió en tanto se inclinaba hacia un lado con clara tendencia a perder el equilibrio y caer cuan larga era sobre la pista de aterrizaje.

—¡Pronto, Jones! —chilló el doctor Welby— ¡Nos caemos!

Más rápido que Jones, el comandante Steinbek saltó sobre un banco para alcanzar el cuadro de instrumentos y apretó un botón.

Dejóse oír un profundo zumbido, el de los extraños motores de la astronave que se ponían en marcha.

La astronave siguió crujiendo e inclinándose hacia un lado. Su caída y la consiguiente destrucción a consecuencias del choque con el suelo parecía inminente. El piso tomó una inclinación de 45 grados, por la que empezaron a resbalar cuantos muebles habían sueltos en la cabina. En este momento, el comandante Jones alcanzó la palanca que parecía regular las misteriosas fuerzas que hacían flotar a la astronave y tiró de ella.

La gigantesca máquina se detuvo en su caída sólo un segundo antes de que fuera demasiado tarde.

En realidad, el tirón de Jones a la palanca fue tan poderoso que la nave, después de vencer la fuerza de gravedad que la llevaba a estrellarse contra el suelo, empezó a sacar su popa del hoyo donde la había clavado al aterrizar y a elevarse en el aire.

Al ponerse en marcha los motores, el teniente Muller conectó el aparato de televisión. De tal modo, que estaba ya caliente y funcionando cuando la nave comenzó a flotar en el aire.

Un nudo de angustia apretó la gar ganta de Welby cuando éste miró hacia la pantalla. El humo y el polvo provocados por las explosiones atómicas cubrían toda la base aérea del lago Muroc. Cerca de la astronave ardían media docena de automóviles volcados. También ardían los tripulantes de aquellos, esparcidos sobre la tierra

granujienta… y los cadáveres del profesor Tassone y todos los infortunados compañeros que estaban en tierra o descendiendo del aparto al producirse el ataque atómico.

Mudos, paralizados de horror, los cuatro aviadores y el doctor Welby presenciaron aquella escena de destrucción y muerte.

Mientras, la astronave seguía elevándose verticalmente en el espacio y el cuadro macabro que enmarcaba la pantalla iba ensanchándose y perdiendo precisión en los detalles.

Un minuto más tarde, la nube de humo y de polvo que flotaba sobre la base aérea corría a modo de una cortina piadosa sobre las víctimas del inhumano y artero ataque de los platillos volantes.

Arthur Welby y los cuatro aviadores siguieron silenciosos y sombríos unos instantes. Hasta que el teniente copiloto Muller, el más joven del grupo superviviente, sucumbió a sus nervios y se echó a llorar histéricamente.

—¡Virgen Santa! —murmuró el comandante Jones, pálido como un muerto y con las manos que todavía empuñaban la palanca temblando convulsivamente— ¡Han muerto todos! ¡Todos… han muerto todos!

Arthur Welby aspiró profundamente el aire por las aletas de su nariz.

En su condición de médico era sin duda el más familiarizado con la muerte y los desastres. Pero aquellos hombres que acababan de morir al pie de la astronave eran sus amigos. Con ellos había corrido múltiples riesgos y aventuras a lo largo de varios meses.

Era por demás trágicamente irónico que aquellos hombres, después de sobrevivir a tantos peligros, hubieran venido a encontrar una muerte horrible y rápida allí donde precisamente esperaban hallar la solución y el fin de sus fatigas.

Una nube de lágrimas se agolpó en los ojos de Arthur Welby, Luego, rechinando los dientes y alzando su puño amenazador hacia el techo, gritó a los platillas volantes que suponía más allá, en las alturas de la estratosfera:

—¡Malditos! ¡Cara habréis de pagar la muerte de estos inocentes! —y tras una breve, dramática pausa, añadió:

—¡Lo juro!

CAPÍTULO III

Como respondiendo a la imprecación de Arthur Welby, otra bomba dirigida con cabeza de combate atómica alcanzó a la astronave explotando contra ella con estruendo.

La gigantesca nave del espacio fue lanzada a distancia por la fuerza de la onda expansiva y los hombres que se encontraban en la cabina rodaron por el piso.

—¡Maldita sea! —gritó Arthur poniéndose en pie— ¡Si hay a bordo de este aparato algún arma defensiva hemos de encontrarla antes que los platillos volantes nos hagan pedazos!

Y saltó hacia el cuadro de instrumentos.

Hasta este momento, Arthur había permanecido al margen de las cautelosas pesquisas que sus compañeros realizaron a bordo de la astronave.

Ahora, sin embargo, consideraba de primordial interés encontrar la forma de explotar todos los recursos de la máquina marciana.

—¡Cuidado, doctor! —le gritó el comandante corriendo tras él— ¡No toque nada!

—¿Por qué? —gritó Welby.

—Recuerde que este aparato es tan extraño para nosotros como un moderno avión a chorro lo sería para un soldado cartaginés. No sabemos lo que ocurrirá se tocamos esos botones.

—Lo único de malo que puede ocurrir es que la astronave entera reviente como una bomba —contestó Welby encaramándose al cajón para alcanzar los botones del monstruoso tablero.

—¡Caramba! —exclamó el teniente Hetch— ¿Le parece poco?

—Nada, si consideramos que de todas formas estamos perdidos. Hemos de tantear estos botones, pase lo que pase —aseguró Arthur con energía—. De lo contrario, los platillos volantes jugarán al tiro al

blanco con nosotros hasta hacernos picadillo. Los cuatro aviadores se consultaron entre sí con los ojos. La imperiosa voz de Arthur Welby terminó con sus vacilaciones.

—¡Venga aquí, comandante Steinbek!

Steinbek se encaminó sobre la caja donde estaba subido Arthur.

—Explíqueme cómo pusieron en marcha este aparato para salir de Marte. El comandante señaló un botón azul celeste.

—Este botón parece ser el que pone en marcha los motores. Cuando se le aprieta se escucha un zumbido y la luz de las lámparas se hace más potente.

—Bien, ya están los motores en marcha. ¿Y luego?

Steinbek puso la mano en una palanca que se deslizaba sobre un cuarto de círculo graduado por una serie de muescas.

—Esta palanca gradúa lo que nosotros hemos dado en llamar fuerza antimagnética. Si la empujo a tope, como está ahora, la astronave sale disparada hacia el cielo a una velocidad que aumenta cuanto mayor es la altura…

—Eso es fácil de comprender —dijo Arthur—. A medida que aumenta la distancia entre la máquina y la superficie del suelo va decreciendo la fuerza de la gravedad. Con esto bastaría para que la astronave llegara al punto donde se neutralizan la fuerza de atracción de la Tierra y la Luna. Pero precisamente al alcanzar ese punto neutro la nave se pararía manteniéndose en equilibrio entre las dos fuerzas de atracción…, algo así como si dos caballos de la misma fuerza tiraran de un carro en direcciones opuestas. Por lo tanto, este aparato debe tener un sistema de propulsión capaz de romper ese equilibrio.

—Lo tiene —aseguró Steinbek señalando otra palanca así mismo graduada—. Esto es el acelerador de los motores de popa.

—¿Y para la maniobra? ¿Cómo se dirige la nave en determinada dirección?

—Con esta palanca grande situada entre el asiento del piloto y el cuadro de instrumentos. Cuando la palanca se mantiene en posición vertical, el cohete se sostiene perfectamente derecho. Según hacia donde se inclina la palanca se inclina también el aparato. Así fue como salimos de la cripta donde estaba metida la nave. Aarau, el gigante marciano, nos recomendó muy especialmente que

mantuviésemos vertical esta palanca hasta haber salido por el agujero del techo de la cripta… y eso es todo.

—¿No sabe más del aparato?

—No, excepto apretar ese botón para que funcione la pantalla de televisión y radar.

La astronave siguió elevándose con creciente rapidez mientras sus tripulantes hablaban. Arthur Welby examinó la fila de botones del salpicadero observando que algunos de ellos tenían grabados figurillas representativas de la finalidad a que servían. Otros tenían caracteres de escritura marciana, que ni Welby, ni los aviadores ni con toda probabilidad habitante alguno de la Tierra eran capaces de descifrar.

Examinando los primeros, Arthur observó que había tres botones en cada uno de los cuales se veía grabado un cohete en diversa posición: vertical en el primero, horizontal en el segundo, e invertido en el tercero.

Cada botón era tan grande como la mano de Arthur, de manera que los dibujos grabados en ellos eran perfectamente legibles.

Sin dudar un instante, Arthur descargó un fuerte puñetazo sobre el último de los botones.

—¡Diablo! ¿Qué hace usted? —gritó Steinbek con alarma. Y Arthur contestó:

—Lo que ustedes debieran haber hacho mucho antes. El destino ha puesto en nuestras manos una máquina de valor inapreciable, pero nosotros nos hemos limitado a viajar en ella como simples pasajeros sin cuidarnos de averiguar lo que Dios ha querido darnos, quizás para salvación de toda la Humanidad.

—Pero ese botón… —balbuceó el comandante Jones.

—Sirve para invertir la posición del cohete —aseguró Welby—. Ahora quedaremos cabeza abajo.

—Pues no noto nada —apuntó el teniente Hetch con recelo.

—Miren a la pantalla.

Los pilotos levantaron los ojos hacia la pantalla de televisión. Y entonces vieron que las imágenes volteaban en el lienzo, pasando el cielo a ocupar el puesto de la Tierra.

—¡Carape! —exclamó Jones— Esto no lo comprendo. Si estamos cabeza abajo, ¿por qué no lo notamos?

—Porque estamos cabeza abajo con relación a la Tierra, pero seguimos de pie en la astronave. Como suponía, esta máquina fabrica, por decirlo así, su propio centro de gravedad —dijo Welby y añadió—: Para nosotros es indistinto que la proa apunte hacia arriba o hacia abajo. La fuerza de gravedad de la astronave nos mantiene con los pies pegados al piso. Y como la sangre también es atraída hacia los pies no notamos ninguna sensación de mareo. ¿Comprenden?

—Sí, eso está bastante claro —dijo el comandante Steinbek—, pero en estos momentos… ¿Vamos hacia abajo o hacia arriba?

—Seguimos elevándonos en el espacio, si es eso lo que quiere decir —contestó Arthur—. También para la nave es indiferente la posición que adopte. Flota hacia arriba como un globo, aunque esté cabeza abajo o acostado. Ahora pondremos la máquina en posición horizontal. Regule esa palanca para que no se eleve más y ponga en marcha los reactores. Volaremos alrededor de la Tierra mientras hacemos pruebas con los demás botones.

El comandante Jones y los tenientes Hetch y Muller seguían atentamente cada uno de sus movimientos con una expresión de fatalista resignación en las caras. Esta expresión venía a decir sobre poco más o menos: “No hay remedio. Volaremos en pedazos de un momento a otro”.

—No se queden ahí parados —refunfuñó Arthur—. Conecten el radar y observen si hay platillos volantes por los alrededores… Vamos a ver si es cierto que se apagan las luces.

Arthur descargó un puñetazo sobre otro botón.

Escuchóse un chasquido, y la cabina quedó a oscuras, excepto la pantalla de televisión y radar.

—Ahora sí que lo hemos arreglado —renegó Steinbek.

—No se preocupe —contestó Welby.

Y las luces volvieron a encenderse con otro chasquido.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó el comandante Jones.

Arthur les mostró el botón. En el cual se veía grabado un sol del tamaño de una moneda.

—Los marcianos eran una gente muy sencilla —explicó—. No sólo simplificaron las maniobras de esta máquina de forma que pudiera manejarse con un mínimo de operaciones. También pusieron indicaciones muy claras en los botones para que los pilotos no esforzaran su memoria. Un sol, en todos los idiomas del Universo, es siempre un cuerpo que arroja luz. Este botón es un interruptor. Aprieta, y se apagan las luces. Vuelve a apretar, y se encienden.

—Pues si usted es un lince con los jeroglíficos como presume, tal vez sepa lo que significan estos botones —dijo Steinbek señalando dos de color rojo que se veían algo separados de los demás, debajo de una esfera indicadora.

Arthur Welby examinó aquellos botones. En cada uno había grabado un zigzagueante rayo que terminaba con una punta de flecha. Ambos rayos eran idénticos en los dos botones, sólo que uno tenía la punta de flecha hacia arriba, y el otro hacia abajo.

—Dos rayos —murmuró Arthur—. El uno hacia arriba, y el otro hacia abajo… ¿qué creen que significa esto?

—La pregunta la hice yo —advirtió Steinbek.

Y el comandante Jones, que acababa de conectar la pantalla de radar, gritó: —Pues a ver si se dan prisa en hallar la solución, porque les queda muy poco tiempo. ¡Ahí vienen los platillos volantes!

Arthur Welby levantó los ojos hacia la enorme pantalla. Una veintena de puntitos de luz fluorescente brillaban en el lienzo negro de la pantalla. Debían estar acercándose con extraordinaria rapidez, pues sus ecos eran más claros y grandes por instantes.

—Esos vienen por nosotros —aseguró Jones sombríamente—. Se han dado cuenta de que no sabemos utilizar las armas defensivas de este aparato y habrán pensado darnos el golpe de gracia.

—Si estos botones sirvieran para lo que me figuro —murmuró Arthur. Y después de dudar unos instantes descargó un fuerte puñetazo sobre uno de los dos botones, precisamente en aquel donde el zigzagueante rayo apuntaba hacia arriba…

Nada a bordo de la astronave indicó que se hubiera producido algún fenómeno. Sin embargo, la aguja de la esfera próxima a los botones se movió oscilando con rapidez.

—¡Miren! —gritó el teniente Hetch señalando hacia la pantalla de radar.

La veintena de puntos fluorescentes se desintegraban uno tras otro con la rapidez del rayo. Propiamente hablando estallaban en diminutos fragmentos que, al ser dispersados a gran velocidad, dejaban en el negro cristal de la pantalla rastros muy finos de luz parecidos a los que dibujaban en el cielo de la Tierra los meteoritos o estrellas fugaces, antes de desintegrarse al violento frote con las altas capas de aire de la atmósfera.

En cierto modo, cada platillo volante era por una fracción de segundo a modo de uno de aquellos cohetes de pirotecnia que al estallar en el aire formaban las ramas de una palmera.

Estos pequeños fragmentos, después de separarse del núcleo de lo que parecía una potente explosión, describían arcos de varios kilómetros de longitud antes de salirse de la pantalla en su veloz caída hacia tierra.

—¡Los platillos volantes están estallando en el aire! —gritó el comandante Jones sin poder dar crédito a lo que veía.

Cuando Jones hubo acabado la frase, la formación de platillos volantes había quedado reducida a un millar de pequeños meteoritos en rápida caída hacia el suelo.

Todo había ocurrido en un par de segundos. Vistos y no vistos, los platillos volantes desaparecieron de la pantalla de radar en un abrir y cerrar de ojos.

—Ustedes que tienen costumbre en interpretar las señales de radar —dijo Arthur con la voz sofocada por la emoción—, ¿están seguros de que esos platillos volantes, o lo que fuera, han sido destruidos en el aire?

—¡Cielos, sí! —juró Steinbek respirando entrecortadamente— Y poniendo su mano sobre el hombro de Arthur y señalando a los botones con la cabeza preguntó—: ¿Tendrán algo que ver esos botones con la destrucción de los platillos volantes? ¿Qué fue exactamente lo que hizo usted, Welby?

—No hice más que darle un puñetazo a ese botón donde el rayo apunta hacia arriba —contestó Arthur temblando de excitación de pies a cabeza.

—¡Entonces ha sido eso lo que aniquiló a los platillos volantes! —gritó el comandante.

Y Welby contestó:

—Así lo creo.

—¿Pero cómo? —preguntó Jones.

—Por medio de un rayo —contestó Arthur—. Eso fue lo que me sugirió el rayo que hay grabado en los botones.

—¿Puede existir un rayo que aniquile platillos volantes a mil kilómetros o más de distancia? —preguntó Jones con acento de incredulidad.

A lo que Arthur contestó:

—Si nuestra astronave hubiera lanzado una andanada de proyectiles cohete contra los platillos volantes los habríamos visto también en la pantalla del radar. Pero con toda seguridad no fueron proyectiles cohete lo que aniquiló al enemigo. Sólo un rayo mortal pudo recorrer tanta distancia en tan pocos segundos. Y siendo así no tendremos más remedio que admitir que ese rayo existe, pues hemos visto sus efectos con nuestros propios ojos.

—¡Pero eso es… fantástico! —exclamó el comandante Steinbek.

—Bueno —admitió Arthur con una pálida sonrisa—. También esta astronave es fantástica. ¿No es cierto? Si los marcianos crearon unas fuerzas misteriosas capaces de hacer que floten en el aire varios miles de toneladas de acero,

¿por qué no habían de poseer también un rayo que desintegra el metal a distancia? Quizás sea más difícil de lograr lo primero que lo segundo. Al menos en teoría, debiera ser posible lanzar un chorro de neutrones dotados de gran velocidad, que al atravesar una plancha de acero dispersaran las moléculas de ésta produciendo lo que podríamos llamar su desintegración.

—¡Oigan! —exclamó Steinbek— Si eso fuera así, y teniendo nosotros ese rayo, podríamos aniquilar a todos los platillos volantes de Hicsos, ¿no creen?

—No hay razón para que no podamos repetir la hazaña en otros veinte o veinte mil platillos volantes —aseguró Arthur. Y tras una breve pausa reflexiva añadió—: ¿Saben lo que pienso? La mano de Dios anda metida en esto. Vean si no las cosas que han tenido que ocurrir para que nosotros entráramos en posesión de esta arma tan mortífera.

—¡Y que lo diga! —exclamó el teniente Hetch— Si los platillos volantes no hubieran destrozado nuestras astronaves en Marte,

nosotros hubiéramos regresado inmediatamente a la Tierra sin entretenernos en explorar un planeta que creíamos completamente deshabitado.

—Si no hubiera sido porque la necesidad de buscar agua nos empujó hacia el polo sur de Marte, jamás habríamos dado con aquel cementerio marciano —añadió Muller.

—Ni habríamos encontrado la entrada a la ciudad subterránea marciana sin aquel derrumbamiento casual que nos dejó prisioneros en el desfiladero —agregó Steinbek.

A lo que Arthur añadió:

—Por lo demás, tampoco hubiéramos tenido que escapar a bordo de esta astronave si aquellos malditos rusos no se les ocurre asesinar al gigante marciano.

—La verdad es que la vida está llena de misterios —murmuró el comandante Jones sintetizando el sentir de todo el grupo. Y exhalando un profundo suspiro preguntó—: Bien. ¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos a la caza de platillos volantes, o buscamos otro aeródromo donde aterrizar?

—Todavía ignoramos lo que ha ocurrido en la Tierra mientras nosotros estábamos ausentes —apuntó Arthur. Y pensando en sus padres añadió—: Yo creo que debiéramos volver a los Estados Unidos. Si poseemos un arma tan poderosa como creemos, debiéramos ponerla al servicio del mundo.

Los cuatro aviadores se mostraron de acuerdo con Welby, Incluido el doctor, aquellos cinco hombres era todo lo que quedaba de la expedición de setenta miembros que unos meses atrás emprendió la ruta de Marte.

El teniente copiloto Hetch fue hasta la potente emisora de radio de la astronave y empezó a lanzar llamadas al éter.

Mientras tanto, Arthur Welby seguía sometiendo a pruebas los botones del cuadro de instrumentos.

Una de las cosas que descubrió fue que todas las puertas de los 40 pisos de la gigantesca nave se cerraban apretando un solo botón del salpicadero.

Estas puertas, además, debían cerrarse por sí solas automáticamente cuando en alguno de los compartimientos se registraba un descenso de

la presión normal del aire.

—Aquellos ingenieros marcianos eran unos tíos muy grandes —exclamó el comandante Steinbek lleno de admiración—. Apuesto a que hay también un dispositivo automático que cierra todas las puertas a la primera señal de radioactividad. —Es posible —murmuró Welby recordando lo aprisa que se había cerrado la puerta de acceso a la astronave inmediatamente después de explotar la primera bomba atómica.

—Todo el cohete debe estar repleto de servomandos —agregó Steinbek—. Es lo que nosotros tendremos que hacer a la larga con nuestros modernos bombarderos de propulsión a chorro. Actualmente, la tripulación de un B-47 tiene que efectuar alrededor de un centenar de operaciones desde el momento que pone los motores en marcha hasta que vuelve a aterrizar. En la misma proporción, los pilotos de esta astronave tendrían que realizar un millón de observaciones si un sistema de servomandos movidos por cerebros electrónicos no se encargara de simplificar las cosas.

—Lo cual nos viene de perillas a nosotros —apuntó el comandante Jones—. Una vez conozcamos para qué sirven todos los botones, no va a resultar más difícil de conducir este aparato que un avión comercial corriente.

Arthur Welby y los pilotos siguieron comprobando cada uno de los diversos mandos.

Poco después, el teniente Hetch lograba establecer contacto por radio con la estación emisora de la Escuela de Cazas de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas en la base de Williams, cerca de Phoenix (Arizona).

No fue cosa sencilla convencer al general Tinsley, que mandaba aquella base, de las intenciones pacíficas que guiaban a los tripulantes de aquella extraña aeronave.

Hasta que Arthur, mediando en el inacabable diálogo entre Steinbek y el general, echó a un lado todos los formulismos de que se servía el comandante y gritó ante el micrófono:

—¡No sea usted idiota, general! ¿Qué objetivo podría perseguir un enemigo que se ofreciera al fuego de sus cañones aterrizando en esa base?

—Ya aterrizaron en la base del lago de Muroc, y escaparon de allí pese a los cañones del general Clemmens. Hemos podido ver desde aquí los

relámpagos de las bombas atómicas. Si es eso lo que se proponen hacer en mi base…

—También podríamos hacerlo con menos riesgo desde la estratosfera, a donde no pueden llegar ni sus cañones ni sus aviones de caza. ¿No le parece?

El general guardó silencio durante un minuto. Debía estar meditando la respuesta.

—Bien —dijo al cabo—. Ustedes aterrizarán en la base y, al menos cuatro de ustedes, se apearán desarmados y con las manos en alto hacia el coche que les estará aguardando. ¿Qué me dicen?

—Que es ridículo —contestó Arthur—. Pero cumpliremos al pie de la letra las reglas del juego.

—Creo que hemos ido a parar sobre el Estado de Oregon —dijo el comandante Muller que había estado examinando el terreno a través de la pantalla de televisión—. La base de Williams nos queda bastante lejos.

—¿Lejos? —exclamó Arthur— ¡No hay distancias largas para nuestro aparato! ¿O todavía no han comprendido que podemos ir donde queramos con esta astronave? ¡Vamos allá!

Y empuñando por sí mismo los mandos, el doctor Arthur Welby piloteó la gigantesca astronave en busca del Estado de Arizona y la base Williams.

CAPÍTULO IV

Anochecía cuando la prodigiosa astronave marciana quedó posada en el centro del aeródromo Williams.

Al descender del aparato, Arthur Welby tenía la molesta impresión de estar siendo observado por mil ojos invisibles que le acechaban desde los cuatro puntos cardinales del desierto aeródromo.

Que la base Williams había sido víctima de un bombardeo atómico resultaba evidente por el número de aviones de caza, autocamiones y demás vehículos destrozados y renegridos por las llamas que se veían tirados cerca de los lindes del aeródromo.

Un silencio profundo, impresionante, flotaba sobre aquel campo de desolación y ruina. Hasta los más pequeños insectos y las más insignificantes hierbecillas habían sido desalojadas de allí por el hálito invisible y mortal de la radioactividad.

Dejando al teniente Hetch a bordo con la expresa orden de no abandonar el aparato bajo ningún pretexto, Arthur Welby, el comandante Jones, el comandante Steinbek y el teniente Muller echaron a andar con las manos entrelazadas por detrás de la nuca.

—Esto no me gusta nada —refunfuñó Steinbek—. Hasta la tierra parece transpirar radioactividad.

Allá en los lindes del aeródromo brillaron las pupilas fosforescentes de un automóvil que se acercaba lentamente. Aunque la luz del crepúsculo era todavía bastante intensa, un reflector fue encendido desde un bunquer situado en lo alto de una colina y apuntando contra las cuatro indefensas figurillas que se alejaban de la monstruosa aeronave.

Poco después, una camioneta Chevrolet llegaba a donde los expedicionarios y se detenía con seco chirriar de frenos. Por una de las ventanas asomaba el siniestro cañón de una pistola ametralladora. Un teniente de Aviación saltó de la camioneta y se acercó a los cuatro hombres. Iba desarmado.

—¡No se muevan! —gritaron desde la cabina del vehículo— ¡Dejen que el teniente les cachee!

El oficial, casi un niño, llegóse hasta Welby y le cacheó con rapidez. Luego hizo lo mismo con los dos comandantes y el teniente Muller.

—Todas estas precauciones son estúpidas —refunfuñó Steinbek—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Suban a la camioneta —ordenó el oficial. Y él mismo les acompañó hasta el vehículo.

La camioneta se puso en marcha dando la vuelta para regresar por donde había venido. En el intervalo había oscurecido. Y el haz del proyector, apuntando a la gigantesca astronave, deslumbraba a los ocupantes del automóvil. Estos se volvieron de espaldas al sentido de la marcha, de tal modo que podían ver al extraño huso metálico erguido imponente y a la vez amenazador bajo la blanca luz del proyector.

El teniente que acompañaba a los prisioneros todo era mirar de éstos a

la astronave.

Hasta que finalmente, no pudiendo reprimir por más tiempo su curiosidad, preguntó:

—¿De veras son ustedes norteamericanos?

—Tan americanos como ustedes, hijito —aseguró Muller. El joven señaló a la enorme astronave:

—¿De dónde han sacado eso?

—¡Ah, eso! —exclamó Muller amagando una sonrisa irónica— Lo encontramos envuelto en una hoja de periódico, allá en Marte.

El teniente masculló algo entre dientes y se encerró en un silencio enfurruñado y ofendido.

De pronto, media docena de dardos plateados, más potentes que la luz del proyector, salieron de la punta de la astronave para surcar las tinieblas del cielo con la velocidad del rayo.

—¿Qué…? —empezó a preguntar el teniente irguiéndose con alarma.

Allá en lo alto, en las más distantes capas de la atmósfera quizás, parpadearon una miríada de pequeños relámpagos que arrojaban una luz verde azulada, extrañamente fría, sobre la base de Williams y toda la campiña que la circundaba en un rayo de muchísimos kilómetros.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. La proyección de los seis rayos de luz plateada desde la proa de la astronave y el chisporrotear de aquellos globos de fuego en la estratosfera fueron simultáneos. Mudos de asombro, los cinco hombres que ocupaban la caja de la camioneta vieron como los dardos de la luz plateada se movían subiendo y bajando con vertiginosa rapidez.

Y a cada uno de sus rápidos movimientos se encendían allá en las alturas y chisporroteaban un breve segundo más globos de fuego.

De pronto, los seis rayos de luz se apagaron y todo volvió a quedar como antes; el cielo profundamente negro, la astronave inmóvil e imponente bajo la luz del reflector de la base.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el teniente con recelo.

Muller, Jones y Steinbek consultaron con la mirada al doctor Welby.

—No es nada —aseguró Arthur, aunque el acento de su voz desmentía

sus palabras—. Los platillos volantes han intentado repetir la jugarreta de esta tarde disparando desde lejos una andanada de proyectiles atómicos dirigidos contra nuestra aeronave. Pero esta vez hemos dejado conectados nuestros rayos desintegradores y las bombas han sido destruidas en el aire apenas fueron detectadas por nuestro radar.

Jones, Steinbek y Muller aprobaron con enérgicos movimientos de cabeza. Para ellos la explicación del doctor era completamente satisfactoria.

No así el oficial que les escoltaba, el cual siguió mirándolos con incredulidad y desconfianza.

La camioneta acortó la marcha para introducirse en la boca de un túnel que se hundía en el suelo formando una rampa. Sobre la entrada de este subterráneo se veía la mole maciza de un bunquer de cemento armado.

Poco después, los cuatro astronautas se encontraban en presencia del general de Aviación Thomas Tinsley, al cual acompañaba un grupo de jefes y oficiales de las Fuerzas Aéreas.

La entrevista tuvo por escenario un despacho húmedo y fresco, de techos muy bajos y paredes de cemento sin pintar.

Steinbek, Jones y Muller se presentaron por sus nombres saludando militarmente. Pertenecían a las Fuerzas Aéreas.

Arthur Welby, como civil, estaba exento de subordinación alguna al general y fue quien tomó la palabra para narrar sus aventuras desde el día que la expedición científica de las Naciones Unidas partió rumbo a Marte a bordo de 10 astronaves, de las que sólo una con dos pasajeros, lograría regresar a la Tierra.

—En efecto —dijo el general Tinsley, que era alto, delgado y relativamente joven—. El teniente Lewis y el hombre que le acompañaba llegaron a la Tierra a bordo del cohete sobreviviente e informaron del desastre ocurrido a la expedición. A continuación, el general explicó que después del regreso del teniente Lewis con toda la información recopilada por los científicos acerca del planeta Hicsos o Welby, el pánico cundió en el mundo. —Es triste confesarlo —dijo el general—, pero no fue posible poner de acuerdo a las Naciones Unidas ni conseguir que se fletara una nueva expedición que fuera en auxilio de ustedes.

Las Naciones Unidas, según dijo el general, opinaron que el mundo iba

a estar demasiado necesitado de dinero en el futuro para emplearlo en el rescate de cincuenta expedicionarios, que ni siquiera se sabía se seguirían con vida cuando la expedición de socorro llegara a Marte.

Así, pues, en la Tierra se dio por perdidos definitivamente a los expedicionarios y se dio comienzo a una febril carrera de armamentos.

—Lo malo —aseguró el general con amargura— era que sólo teníamos una vaga idea de cómo atacarían los habitantes de aquel planeta misterioso.

Desde luego, se daba por descontado que los creadores de los platillos volantes no abrigaban intenciones buenas respecto a la Tierra.

Si los platillos volantes habían estado llegando en secreto desde 1947, haciendo observaciones y estudiando las lenguas del planeta cristiano, podía asegurarse que no entraba en sus propósitos darse a conocer de los terrícolas hasta el momento oportuno.

—Cual sería el momento escogido, lo ignorábamos —agregó el general Tinsley—. Por desgracia, ese momento llegó demasiado pronto.

En la Tierra apenas si se había organizado la defensa entre todas las Naciones Unidas cuando los platillos irrumpieron en el cielo en formaciones masivas y comenzaban a atacar con bombas atómicas las bases aéreas, los arsenales y parques de material de tierra.

Las fuerzas terrícolas se encontraron desde el primer instante en notoria inferioridad frente al enemigo.

Ni las granadas de los cañones, ni los proyectiles cohetes, ni siquiera los más modernos aviones de chorro podían subir hasta las alturas en donde operaban los platillos volantes. Éstos, moviéndose con absoluta libertad por la estratosfera, soltaban impunemente sus bombas atómicas dirigidas por radio contra los aeródromos, las bases navales, los buques y las concentraciones de tropas que se encontraban a cuarenta o cincuenta o a setenta mil metros por debajo de ellos.

—Ha sido y continúa siendo una campaña desastrosa —aseguró el general Tinsley—. Yo he visto llorar de rabia a mis pilotos cuando después de cada vuelo regresaban a tierra defraudados por no haber podido alcanzar a un solo platillo volante. Éstos se saben seguros allá arriba y no es probable que desciendan para enfrentarse con nuestros cazas y nuestros proyectiles cohetes, hasta tener la certeza de que el mayor número de aeroplanos han sido destruidos en tierra por sus bombas atómicas.

El general hizo una breve pausa. Rechinó los dientes, apretó los puños y luego gritó furioso:

—¡Pero algún día bajarán! Si quieren invadir nuestro planeta tendrán que desembarcar sus tropas. Y entonces... ¡Ah, entonces! Entonces sabrán que todavía nos quedan aviones, tanques y plataformas lanzacohetes que no han logrado destruir. Y, sobre todo, sabrán de la irrevocable decisión de resistir de una Humanidad dispuesta a luchar hasta el último hombre. ¡Que vengan! —gritó el general enardecido— ¡Que se apeen de las alturas y sabrán lo que les espera aquí abajo!

El general calló con la respiración entrecortada y Welby preguntó:

—Pero ¿y las ciudades? ¿Qué suerte corrieron las ciudades?

—Las ciudades de la Tierra —dijo—, seguían intactas salvo raras excepciones. Pero deshabitadas.

El general torció la boca en una mueca violenta, como si fuera a echarse a llorar.

—¡Ah, nuestras ciudades! —exclamó.

Fueron las grandes ciudades lo que primero atacaron los platillos volantes. Aunque no con bombas atómicas.

El enemigo, al parecer no deseaba causar daños materiales a las grandes urbes de la Tierra.

Quizás formara parte de su plan repoblar estas ciudades con muchedumbres traídas desde su propio planeta. Pero para ello, el enemigo tenía que exterminar antes a toda la Humanidad terrícola, lo cual andaba camino de conseguir en muy poco tiempo si Dios no ponía remedio a la situación en que se mostraban los habitantes de la Tierra.

Aquí, el general Tinsley desplegó su oratoria para dar a los recién llegados una idea de cuanto había ocurrido desde que los platillos volantes comenzaron sus ataques.

El mundo no había conocido con toda seguridad enemigo más refinadamente cruel que éste procedente de otro planeta.

La guerra bacteriológica no tenía secretos para el enemigo. Era ésta una guerra silenciosa, invisible e infinitamente más mortífera que cualquier otra desarrollada según los métodos convencionales. Sin bombas, sin cañonazos ni algaradas, los soldados más pequeños de la

creación, los microbios, causaban diariamente millones de bajas entre la población de la Tierra. Estas bacterias, soltadas en forma de nubes desde los platillos volantes que se mantenían a gran altura, eran llevadas y esparcidas por el viento sobre enormes extensiones de terreno.

Permanecían en el aire, y las personas y los animales que los tragaban contraían horribles enfermedades.

Cuando se posaban sobre las plantas hacían venenosas a éstas. Pero, además, el enemigo disponía también de otras bacterias que envenenaban el agua de los embalses y echaban a perder las cosechas.

—En la actualidad —acabó el general con acento desesperado—, hay una docena de pestes diferentes y a cual peor extendiéndose por todos los países de la Tierra. La verdad es que el enemigo no necesita esperar mucho para que sucumban los dos mil millones de habitantes de este planeta. Si las cosas continúan así, dentro de otro par de meses podrán desembarcar sus ejércitos de invasión en la seguridad de que no van a encontrar quien les resista aquí abajo.

—A lo que creo entender —dijo Arthur Welby—, la principal ventaja del enemigo reside en la circunstancia de que los platillos volantes pueden atacarnos, en tanto que nosotros no disponemos de medios para la defensa.

—Sí —contestó el general—. Esa es una gran ventaja, aunque no la única. La verdad es que nuestra situación seguiría siendo desesperada aunque tuviéramos proyectiles lo bastante poderosos para llegar hasta los platillos volantes. El enemigo puede venir desde lejos a bombardear nuestras industrias y sembrar las ciudades y los campos de bacterias mortales. Pero nosotros jamás podremos contestarles de igual forma yendo a bombardear sus fábricas y a causar bajas entre su población civil. También nosotros tenemos bombas y conocemos los secretos de la guerra bacteriológica. Pero carecemos de las naves capaces de volar desde la Tierra al planeta del enemigo para llevar a cabo razzias tan asoladoras como las que realizan los platillos volantes en nuestro mundo. Por lo tanto, ésta será para ellos una guerra total, y para nosotros una guerra basada únicamente en la defensa. Y es proverbial que ningún país, y en mayor proporción un planeta, puede vencer a un enemigo sin pasar a la ofensiva.

—Quizás podamos pasar a la ofensiva AHORA —apuntó Arthur recalcando la última palabra.

El general Tinsley le miró sin comprender, y Arthur añadió:

—Ya tenemos una astronave capaz de volar de la Tierra a Hicsos para bombardear las ciudades y las fábricas del enemigo. Está ahí afuera. Es la misma que nos ha traído a mis amigos y a mí desde Marte EN DOS DIAS. El general Tinsley miró al joven médico parpadeando con rapidez.

En sus azules pupilas brilló un relámpago de alegría. Pero a continuación sacudió la cabeza con pesimismo dijo:

—¿Qué puede hacer una sola astronave contra diez mil platillos volantes? El enemigo la echaría abajo apenas intentara elevarse hasta la estratosfera.

—Ya lo intentaron —repuso Arthur.

Y relató el ataque con bombas atómicas de que fueron objeto en el lago Muroc, así como la forma en que los misteriosos rayos de la astronave marciana aniquilaron en un segundo a los platillos volantes.

—¿Están seguros de que fueron unos rayos salidos de su astronave los que destruyeron aquellos aparatos? —preguntó el general con acento a la vez esperanzado e incrédulo.

—Usted mismo vio hace poco como esos rayos brotados de la proa de nuestra astronave provocaron la explosión de las bombas atómicas enemigas cuando éstas estaban todavía a enorme altura en la estratosfera.

—Bueno —murmuró Tinsley—. Yo vi la luz de esos proyectores y los fogonazos de algo que parecían bombas atómicas explotando a gran altura. Pero esos proyectores podrían ser de luz corriente, y las explosiones deberse a causas bien distintas.

—Me hago cargo de su incredulidad —contestó Welby—. Realmente, resulta un poco duro de creer que pueda existir un rayo que desintegre los platillos volantes a mil kilómetros de distancia. Pero la nave continúa allí, y no va a ser difícil comprobar si existe o no esa arma poderosa.

—Sería demasiado bueno para creerlo —murmuró el general. Y entornando ensoñadoramente los ojos añadió—. ¡Qué suerte si esa astronave pudiera llegar hasta Hicsos derribando platillos volantes y hacer saber a esa maldita gente cómo son nuestras bombas de hidrógeno y nuestras bacterias venenosas!

—La guerra ya no sería para nosotros una campaña de objetivos limitados —exclamó un coronel de Aviación haciendo chascar la

lengua.

Y un comandante añadió:

—La astronave es tan grande como un portaviones. Y podríamos utilizarla precisamente para eso; para llevar hasta Hicsos cuatrocientos o quinientos cazabombarderos de propulsión a chorro debidamente cargados de bombas atómicas para que esos condenados hicsinos, o como mil diablos se les llame, sintieran en sus propias ciudades y fábricas la desagradable experiencia de una guerra total.

Ya, a partir de aquí, la fantasía e ilusión de los aviadores allí congregados llevaba camino de desbordarse por lo inverosímil. El general Tinsley debió prever este peligro pues levantando las manos gritó:

—¡Bueno, bueno! No nos exaltemos. Ni siquiera sabemos si esos rayos destructores existen en realidad. ¿Saben lo que haremos? Llamaremos a Washington para que nos envíen un grupo de expertos y examinen esa... astronave.

Arthur Welby sonrió:

—Dudo que haya aquí en la Tierra expertos capaces de dictaminar sobre la técnica de los viejos marcianos —aseguró.

Y el general contestó:

—Es posible, pero los llamaremos de todas formas. Además, el gobierno debe ser enterado de que están ustedes aquí con ese extraño aparato.

—Entonces —propuso Arthur—, ¿por qué no vamos a Washington en vez de empezar con largas y molestas conferencias telefónicas?

—¿En la astronave? —preguntó el general sobresaltándose. Y Welby preguntó:

—¿Por qué no?

El general se acarició la barbilla pensativamente. Las azules pupilas le centelleaban de ilusión.

—Está bien —dijo—. Iremos a Washington en la astronave.

Dos horas más tarde, una caravana de automóviles cruzaba el aeródromo en dirección a la astronave que se erguía majestuosa e imponente bajo el haz de luz de los reflectores.

Quizás en otras circunstancias le hubiera gustado a Arthur observar la expresión de los rostros del general y su séquito cuando subieron a bordo de la astronave. Pero el doctor apenas si reparó en el paso entre tímido y sigiloso de sus acompañantes cuando pisaron por primera vez las planchas de la máquina, ni en la mirada entre asustada y admirativa con que lo miraban todo.

El pensamiento del joven doctor estaba fijo en la idea de lo que pudiera haber sido de sus padres. Por esto había insinuado el viaje a Washington. La capital de la nación estaba mucho más cerca de Nueva York que el distante y destrozado aeródromo de la base Williams.

Arthur condujo a los visitantes directamente a la cabina de mando.

—¿Estaremos seguros aquí? —preguntó el general viendo como Arthur se encaramaba sobre una caja para alcanzar el cuadro de botones.

—T ranquilícese. Creo que esta astronave es en la actualidad el sitio más seguro de la Tierra —dijo Arthur apretando el botón que cerraba todas las puertas.

Instantes más tarde, la fantástica astronave se elevaba en el espacio y volando a una altura que hasta entonces jamás habían alcanzado los aviadores que la tripulaban, ponía proa al Este.

Media hora más tarde, la máquina descendía sobre la ciudad de Washington y apuñalada desde todas direcciones por el dardo de los reflectores se posaba verticalmente sobre aquella ondulante alfombra de césped de kilómetro y medio de longitud llamada el Mall.

El viaje había sido tan rápido, que la comisión militar que se había comenzado a organizar después que el general Tinsley notificó por teléfono su próxima llegada a Washington llegó con 15 minutos de retraso al pie de la gigantesca astronave.

CAPÍTULO V

Eran las cinco de la madrugada cuando desde el teléfono de uno de los despachos oficiales consiguió Arthur entablar conversación con su anciano padre.

El doctor Welby, después de saludar a su hijo con voz trémula de emoción, le confió la triste noticia.

—Tu madre falleció hace seis semanas, Arthur. Fue una de las primeras víctimas de la peste desencadenada por las bacterias del enemigo.

—¿Y tú, estás bien? —preguntó Arthur con una lágrima temblándole en el extremo de las pestañas, después de una larga y dolorosa pausa.

El doctor Welby aseguró encontrarse bien.

—Procuro abstraerme en el trabajo para que la tristeza y la desesperación no se apoderen de mí. Cruzamos por una situación francamente difícil, hijo. Nueva York es una ciudad muerta. Los cadáveres se amontonan a las puertas de las casas, esperando a los camiones que cada mañana y cada tarde recorren las calles recogiendo a las víctimas del cólera. En Long Island arde desde hace dos meses una gigantesca hoguera alimentada de centenares de miles de cadáveres. La columna de humo de esta hoguera se ve a través de las ventanas de los laboratorios y estimula el celo del centenar de doctores e investigadores que trabajan día y noche para aislar los virus arrojados por el enemigo... Es un trabajo inacabable, porque los recursos del enemigo en bacterias mortales parecen inacabables. Cuando conseguimos reproducir en nuestros tubos de ensayo los microbios causantes de la peste y empezamos a prepara vacunas, una nueva familia de bacterias desconocidas siembra la muerte en la ciudad.

—¿Por qué sigue la gente en las ciudades? —preguntó Arthur— ¿No sería mejor evacuarlas?

—¿Y a dónde, hijo? —contestó el anciano doctor—. Las bacterias del enemigo están en todas partes, tanto en el campo como en la ciudad. El gobierno no permite que la gente abandone las ciudades, entre otras causas porque de esta forma puede atenderse a un número mayor de casos con un mínimo de doctores y sanitarios. Además; si la gente de las ciudades se lanza al campo, ¿de qué iba a alimentarse? No quedan ganados en toda América y las plantas que no han muerto son venenosas para el hombre. Aquí, en las ciudades, el hambre nos amenaza también con su espectro. Pero hasta ahora resistimos, mal que bien. Nadie sabe cuanto durará esto, aunque la impresión más generalizada es que el enemigo no cejará en sus esfuerzos hasta haber aniquilado al último habitante de la Tierra. Puede hacerlo, está dispuesto a hacerlo... y el fin se anuncia cada día más próximo. Dios nos ha dejado de su mano.

—¡No! —gritó Arthur— Dios está todavía con nosotros. El mundo sobrevivirá a esta catástrofe como antes sobrevivió a otras muchas. No

desesperéis, papá. Vosotros, los médicos e investigadores, sois ahora los soldados de primera línea en esta lucha desigual contra un enemigo sin conciencia. Pero no estáis solos. Pronto empezarán a ocurrir cosas… los platillos volantes serán barridos del cielo de la Tierra, cesará la invasión de estas bacterias mortíferas… ¡Tened fe, papá!

—Hijo mío —suspiró el doctor—. Me siento mucho mejor ahora que sé estás vivo. ¡Si supieras cuanto sufrimos tu madre y yo al saber que vuestra expedición había quedado en Marte sin posibilidad de regresar! ¿Por qué no vienes a reunirte conmigo, aquí en Nueva York?

—No podré ir por ahora, papá. Tengo otras ocupaciones aún más importantes que atender casos de cólera. Sería muy largo de contar, pero pronto tendrás noticias que se relacionan conmigo. Grandes acontecimientos están próximos a suceder.

El oficial que estaba con Arthur junto al teléfono le hizo señas para que abreviara.

Arthur se despidió de su padre, colgó el teléfono y miró al oficial con expresión interrogante.

—Debemos volver al cohete —le dijo el oficial—. Le esperan allí.

Breves instantes después, Arthur Welby iba tripulando un automóvil en compañía del oficial hacia la gigantesca astronave que se erguía a contraluz de la claridad del alba, dominando la ciudad con sus 340 metros de altura.

Como en Nueva York, aunque en proporciones menores debido a su menor densidad de población, también en Washington se sacaban los cadáveres a las puertas de las casas para que los camiones de las Fuerzas Armadas cargaran con ellos conduciéndolos hasta la pira mortuoria que día y noche ardía en las afueras de la ciudad. Cruzando aquellas anchas avenidas de Washington en dirección al Mall, Arthur Welby creía percibir en el fresco aire de la mañana un sutil hedor a carne muerta y chamuscada, así como a desinfectantes y alcohol quemado.

La gente formaba interminables colas ante los almacenes de víveres, todavía cerrados. Pasaban incesantemente arriba y abajo ambulancias que hacían sonar sus campanas con un tañido cansado y triste.

En las encrucijadas de las calles se veían estacionados tanques pesados y grupos de soldados armados. Carros blindados y automóviles jeep

erizados de ametralladoras patrullaban las largas y silenciosas avenidas, recién regadas por los servicios de la Sanidad.

—¿Qué hacen aquí esos tanques y esos soldados? —preguntó Arthur al capitán de Aviación que le acompañaba.

El oficial se encogió de hombros.

—Sencillamente, esperan.

—¿Esperan, a qué?

—No lo sabemos —contestó el oficial con lúgubre acento—. Eso es lo malo de esta guerra. Toda la iniciativa está en manos del enemigo. Nosotros no podemos hacer nada, sino esperar.

El automóvil cruzó el Mall y se detuvo al pie de la astronave marciana. Para facilitar el acceso al fantástico cohete se habían traído dos auto-escalera del servicio de bomberos. En torno al aparato se veían estacionados gran número de automóviles oficiales, la mayoría de ellos ostentando en los guardafangos los gallardetes de almirantes y generales.

En torno al Mall, acordonados por las tropas, habíase congregado una muchedumbre de ciudadanos que contemplaban a la enorme máquina con ojos de incredulidad y espanto.

—Suban abordo —les dijo a Arthur y a su acompañante el oficial de casco blanco que montaba guardia ante los autos-escaleras—. La comisión de técnicos llegó hace un rato y les espera.

Arthur trepó por la escalera hasta la astronave. El general Thomas Tinsley le estaba aguardando arriba y le acompañó en el ascensor hasta la gran cabina de mando.

Había allí un nutrido grupo de gente; almirantes, generales, senadores y hombres de ciencia, que siguieron el paso del doctor Welby en mitad de un extraño silencio.

Tinsley le presentó a Arthur una pareja de hombres vestidos de negro, con cierto aire de maestritos de aldea que al joven doctor se le antojó no era la primera vez que veía. —Profesor Ullman. Profesor Graeter —presentó el general.

—¡Vaya con el doctor Welby! —exclamó Ullman estrechando la mano del joven médico— Ya es chocante que cada vez que aparezca en el mundo una nave extraterrestre ande usted metido en ello. Usted no

me recuerda, seguramente, pero yo fui uno de los que estuvieron en Arizona examinando aquel platillo volante que usted fue el primero en visitar.

—Por algo me parecía a mí que su cara no me era desconocida —dijo Arthur. Y estrechándole la mano a Graeter le preguntó—: ¿También estuvo usted en Arizona?

—No, yo no estuve —contestó Graeter sonriendo—, pero estoy aquí, y siento gran curiosidad por ver cómo es esta astronave.

—¿Debemos realizar un vuelo de pruebas? —preguntó Arthur mirando al general Tinsley.

—Sí, pero no corre verdadera prisa —contestó el general—. Lo que más interesa a estos caballeros por el momento es ver en acción esos rayos misteriosos que según usted, desintegran platillos volantes a más de mil kilómetros de distancia.

—¿Está usted seguro de que fue un rayo lo que aniquiló a los platillos volantes ayer tarde? ¿Sabe en realidad si eran platillos volantes lo que ustedes vieron en su pantalla de radar? —preguntó Graeter.

Arthur Welby recabó el testimonio de sus cuatro compañeros, que estaban presentes en la cabina.

—A nosotros nos parecieron platillos volantes ¿no es cierto, comandante Steinbek?

El comandante asintió y Ullman preguntó:

—¿Cree usted que si dirigiéramos esos rayos contra un aeroplano o un tanque los destruiría también?

—Apuesto a que sí. En mi opinión, esos rayos deben estar constituidos por un a modo de chorro de partículas atómicas dotadas de gran velocidad. Posiblemente, al chocar con un cuerpo metálico, esas partículas producen la fisión de las moléculas del acero, las cuales rompen su cohesión al igual que los átomos del uranio que hacemos estallar en nuestras bombas atómicas.

Ullman se quedó mirando pensativamente a Arthur el cual le preguntó:

—¿No cree que pueda ser así?

—Me cuidaré mucho de negar que pueda existir un rayo desintegrador

de esas características —contestó Ullman—. Pero de existir, no es ese que usted vio aniquilando a los platillos volantes, doctor Welby. Por lo que acabo de leer en su declaración, tanto usted como sus compañeros coinciden al asegurar que aquellos platillos volantes estallaron en multitud de fragmentos, los cuales pudieron ustedes seguir en sus trayectorias por medio del radar cuando caían hacia la Tierra. Es evidente que si el rayo a que ustedes se refieren desintegrara el metal de que están hechos los platillos volantes, éstos no hubieran sido reducidos a fragmentos bastante grandes.

Arthur Welby se quedó mirando al profesor con expresión de alarma.

—No había pensado en ello —murmuró sintiendo que todas sus ilusiones se venían abajo. Y sublevándose contra la incertidumbre que empezaba a dominarle, exclamó—: ¡Pero yo vi con mis propios ojos como eran reducidos a pedazos aquellos platillos volantes en el instante que apretó el botón!

—Tal vez se equivocaron ustedes —refunfuñó el general Tinsley. Y Arthur protestó:

—¡No, estoy seguro de no haberme equivocado! Los platillos y las bombas volantes dirigidas contra nuestra astronave cuando acabábamos de aterrizar en la base Williams, fueron destruidas en el aire por nuestros rayos desintegrantes.

—Bien —dijo Ullman después de consultar a un general de Estado Mayor con la mirada—. Haremos una prueba. Someteremos u tanque a esos rayos mortales para ver si lo desintegran.

Arthur asintió, pero en seguida negó apresuradamente diciendo:

—Temo que no podamos hacer esa prueba contra el tanque.

—¿Por qué? —preguntó el general Tinsley frunciendo el ceño.

—Porque no es posible dirigir uno de esos proyectores contra un objetivo determinado. Al menos nosotros no hemos encontrado todavía la forma de hacerlo. En ese tablero sólo hay dos botones. Uno, con un rayo que apunta hacia arriba, parece indicar que apretándolo serán atacados todos los objetos metálicos detectados por el radar en el espacio. En el segundo botón el rayo alegórico apunta hacia abajo. Sin duda sirve para que los proyectores apunten y aniquilen todo cuanto esté a su alcance en tierra: Así, pues, no podemos accionar ese segundo botón si no es en mitad de un descampado. Aquí, esos rayos mortales no aniquilarán un solo tanque, sino todos los tanques

automóviles y armazones metálicos de las casas que estuvieran al alcance de nuestros proyectores. ¿Comprenden?

Los altos jefes militares que llenaban la cabina de la astronave se consultaron unos a otros con la mirada.

—Desde luego, no podemos arriesgarnos a que resulten ciertos los vaticinios del doctor Welby —apuntó el general Tinsley.

—Bien —dijo otro general de aviación—, podemos hacer la prueba con un aeroplano mandado por radio. Y enseguida, porque mientras esta astronave continúe aquí, ningún aeroplano puede volar en un radio de sesenta kilómetros alrededor de la ciudad.

Los oficiales a quienes concernía poner a punto el avión empezaron a moverse con diligencia. Sin embargo, los preparativos no pudieron estar terminados antes de las ocho.

Para Arthur Welby aquellas dos horas se hicieron eternas. He aquí que había estado forjándose ilusiones respecto a los poderosos rayos desintegradores marcianos, y ahora veía todos sus quiméricos sueños amenazados de venirse al suelo con estruendo.

¿Qué iba a pasar si los rayos resultaban impotentes para aniquilar el aeroplano de prueba? ¿Qué sería del mundo sin aquel campeón que Arthur había creído encontrar en forma de una fabulosa astronave marciana?

Durante la espera, mientras el aparato era preparado en el cercano aeródromo, los periodistas subieron a bordo de la astronave y les sometieron a mil preguntas irritantes.

Los comandantes Steinbek y Jones y los tenientes Hetch y Muller, también sometidos al interrogatorio de los periodistas, no daban pie con bola y se contradecían en sus declaraciones, contribuyendo con ello a fomentar la opinión de que tanto ellos como Arthur habían soñado el incidente ocurrido en la estratosfera, fuera del alcance de toda mirada humana.

Incluso Arthur empezaba a dudar de sí mismo cuando finalmente se anunció por radio que el aeroplano estaba listo para despegar en el cercano aeródromo.

—Apriete ese botón, señor Welby —musitó el profesor Ullman—, dejaremos que el aeroplano se eleve a seis mil metros por si realmente hubiera algún peligro.

Las sirenas de la ciudad empezaron a sonar cuando Arthur Welby, nervioso e irritado, apretó el botón que dejaba sin efecto los rayos desintegradores.

La gente, en Washington, corrió ordenadamente hacia los refugios. El viejo bombardero B-29, mandado por radio desde la base, pasó zumbando sobre la astronave marciana.

Transcurrieron algunos minutos mientras el aeroplano ganaba altura describiendo círculos sobre la ciudad.

Ante la pantalla de televisión el doctor Welby sudaba sin perder de vista al aeroplano. Casi deseaba que no hubiera llegado nunca el momento en que le dijeron:

—Puede apretar ese botón, doctor Welby.

Arthur vaciló unos instantes mirando aquel enorme botón rojo. "Dios mío, haz que ese aeroplano estalle en mil pedazos" —murmuró para sí. Y descargó un puñetazo sobre el botón.

En el espacio inflamado de sol, los rayos salidos de la astronave eran apenas visibles como sendas barras plateadas. Estos haces casi invisibles se movieron rápidamente en el cielo clavándose en el avión que volaba a seis mil metros de altura sobre Washington.

No ocurrió nada. Aquellos dardos plateados arrancaron chisporroteos de los cristales del avión. Pero éste siguió volando impasible, perseguido implacablemente por los proyectores de la astronave.

Siguieron unos minutos de silencio.

—Bueno —suspiró el profesor Graeter—. Puede usted apagar sus proyectores, Welby, Ni en mil años desintegrarán a ese aeroplano.

Arthur siguió con la vista al bombardero por espacio de unos minutos. No podía admitir su fracaso. El había visto saltar en pedazos los platillos volantes. Había visto estallar las bombas del enemigo en el cielo cuando los proyectores se encendieron en la base de Williams.

—No lo comprendo —murmuró. Y el profesor Graeter contestó:

—Pues es fácil de comprender que no puede existir un rayo que provoque la desintegración de los metales a distancia. Cada metal tiene una estructura nuclear distinta y el rayo que desintegrara al acero, por ejemplo, no serviría para desintegrar el plomo. Por lo tanto sería un trabajo inútil inventar un rayo que sirviera para desintegrar

una clase de metal, porque las máquinas del enemigo podrían estar hechas de un material distinto al que destruyen esos rayos.

Arthur Welby se asió desesperadamente a la esperanza que le brindaban las palabras del profesor Graeter.

—¿Y si los platillos volantes estuviesen hechos precisamente del metal que pueden desintegrar estos rayos?

—No creo que haya diferencia apreciable entre los materiales de que están hechos los platillos volantes y la estructura de nuestros aeroplanos. Será mejor que admita que se equivocó usted, Welby.

—¡No lo reconoceré! —gritó Arthur furioso— Por fuerza han de tener los platillos volantes algo que estos rayos puedan desin…

Arthur se interrumpió lanzando una sorda exclamación de alegría. Se golpeó la frente con el puño cerrado y gritó:

—¡Claro es! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Los platillos volantes llevan a bordo un material muy fácil de desintegrar… algo que está desintegrándose continuamente… ¡uranio doscientos treinta y cinco!

—¡Uranio doscientos treinta y cinco! —exclamaron a dúo Graeter y Ullman cambiando una mirada de inteligencia. —¡Esa pudo ser la causa de que estallaran los platillos volantes y las bombas atómicas —gritó Ullman.

Y Graeter exclamó roncamente:

—¡Apuesto a que fue eso!

—Hagamos la prueba car gando ese aeroplano con una de nuestras bombas atómicas —chilló Arthur enloquecido de entusiasmo.

—¡Apuesto a que entonces revienta en un montón de pedazos! Ullman y Graeter se volvieron a mirar al grupo de generales.

En los ojos y en la expresión esperanzada de éstos se adivinaba fácilmente su propósito de apoyar esta sugerencia con todo el peso de su autoridad.

El entusiasmo de aquellos generales y almirantes era por lo menos igual que el de Arthur Welby. Hubiera sido injusto decir que existía en estas circunstancias nadie capaz de alegrarse del fracaso del joven doctor.

Por el contrario. No era la popularidad de un hombre lo que se jugaba

en aquella prueba, sino el futuro de todo el planeta.

Los almirantes y generales entreveían ya la posibilidad de utilizar la astronave marciana para dispersar a los platillos volantes que esperaban en la estratosfera terrestre, para cortar las líneas de comunicación del enemigo e incluso para llevar la guerra al mismo planeta Hicsos.

Inmediatamente se dieron órdenes para que se preparara el lanzamiento de un proyectil cohete intercontinental con cabeza atómica.

Estos proyectiles, basados en la V-2 alemana de la Segunda Guerra Mundial, habían sido muy perfeccionados en los últimos años y podían alcanzar prácticamente cualquier punto de la Tierra.

El proyectil cohete, lanzado desde la frontera de los Estados Unidos con el Canadá, estaba ya en el aire volando a lo largo de una trayectoria que pasaba precisamente por el Polo.

A bordo de la astronave, generales y almirantes, senadores y periodistas, daban muestras de creciente nerviosismo mientras esperaban a que la bomba volante entrara dentro del radio de acción del radar.

Cuando finalmente la V-2 apareció en la gigantesca pantalla de la astronave, el doctor Arthur Welby se encontraba junto a los botones del cuadro de instrumentos.

—Ahora, señor Welby —anunció la ronca voz del profesor Ullman. Aspirando profundamente el aire por la nariz, Arthur oprimió el botón colorado. Los rayos salidos de los proyectores de la astronave eran invisibles en la rarificada atmósfera de los 100 kilómetros de altura, porque allí no encontraban partículas de polvo ni de aire en donde reflejarse.

Pero los efectos de estos rayos invisibles no se hicieron esperar. La V-2 estalló en un enorme globo de fuego color verde azulado el cual arrojó una intensa luz sobre una considerable extensión de terreno cubierto de hielos perpetuos.

—¡¡Ha estallado!! —gritaron veinte voces jubilosas mientras el fantástico sol atómico chisporroteaba en la profunda lobreguez del espacio.

De haber tenido tiempo para gozar de un éxito, el doctor se hubiera echado seguramente a llorar de alegría.

Pero en la pequeña confusión que a continuación reinó a bordo de la astronave, Arthur no tuvo esta ocasión. Generales, almirantes, senadores y periodistas le rodearon, así como a los cuatro aviadores astronautas, dándoles cariñosos golpecitos en la espalda y estrechando sus manos con calor.

Aquella misma noche, los periódicos de la tarde difundían por todo el país la gran noticia. La Tierra tenía al menos un campeón capaz de enfrentarse con los platillos volantes del enemigo.

Las esperanzas del mundo en un cambio de situación, que nunca habían sido muchas, subieron instantáneamente por encima de los cien grados.

CAPÍTULO VI

La astronave no regresó a Washington, sino que fue a aterrizar en Muskegon, ciudad importante del estado de Michigan con un buen puerto u astilleros sobre el lago del mismo nombre, el cual se comunicaba con el Michigan por un canal navegable.

La ventaja de Muskegon con respecto a otros puertos igualmente provistos de astilleros, era que hasta el momento había sido respetada por las bombas atómicas del enemigo.

Que el enemigo conocía al dedillo el emplazamiento de todas las ciudades y centros industriales más importantes de la Tierra, se evidenciaba en el hecho de que los platillos volantes las atacaron una tras otra por sistemático orden de categoría.

El enemigo, o sea, el habitante de Hicsos, no se diferenciaba físicamente del terrícola.

Así como el marciano era un gigante de siete metros de estatura, con un armazón óseo exterior y otros rasgos que le diferenciaban notablemente del terrícola, el habitante de Hicsos era en aspecto y naturaleza exactamente igual al hombre de la Tierra.

Valiéndose de este parentesco de razas, el enemigo había podido llegar a la Tierra, mezclarse con los terrícolas sin despertar sospechas y andar de un lado a otro aprendiendo idiomas y recopilando datos sobre los recursos industriales de cada país.

El enemigo poseía por lo tanto una buena colección de mapas que ahora utilizaba para desmantelar aquellas industrias que pudieran servir para prolongar la resistencia del mundo cuando sus ejércitos de invasión se decidieran a descender de las nubes.

Era, pues, vital para la humanidad terrícola detener esta ofensiva que iba debilitándola día tras día. Al conducir la astronave a Muskegon, el Estado Mayor General norteamericano se proponía hacer algunas reformas en la máquina, adaptándola al tamaño y las necesidades de los hombres que habíanla de tripular en lo sucesivo.

En Muskegon esperaba ya un ejército de operarios preparados para comenzar el trabajo en el acto. El general Tinsley, que había quedado encargado de dirigir estos trabajos, reunió a los científicos, ingenieros y capataces, y les dijo:

—Recuerden que en esta máquina se cifran todas nuestras esperanzas de salvar al mundo de una catástrofe. Tengan presente que cada hora que nosotros perdamos, cada minuto que retrasemos la puesta en servicio de esta astronave, mueren en el mundo varios centenares de miles de seres humanos y son destruidas muchas ciudades, tanto en nuestro territorio nacional como en el resto de la Tierra.

Después de esta breve arenga, los equipos operarios invadieron ruidosamente la astronave con sus herramientas, sus remachadoras, sus sopletes y sus aparatos de soldar que cubrían todos los pisos de la nave con gruesos y largos manojos de cables eléctricos.

—Haremos el trabajo cuan aprisa podamos y en pequeñas etapas —confió el general al doctor Arthur Welby, cuyo criterio demostraba respetar en gran manera—. Parece demostrado que los platillos volantes temen a esta astronave como a la peste y desaparecen del cielo en cuanto nosotros nos elevamos. Por lo tanto, cuantas más horas estemos dando vueltas alrededor de la Tierra, tanto menores serán las ocasiones para que los platillos volantes puedan atacar impunemente nuestras fábricas y ciudades.

—Bien —contestó Welby—. Pero no ganaremos esta guerra, ni siquiera la dejaremos en tablas, si nos limitamos a espantar platillos volantes. Hay que ir a buscarles en sus madrigueras, obligarles a dar la cara y destruirlos. ¿Dónde se ocultan los platillos volantes cuando huyen de nuestra astronave?

—Creemos que tienen su base en la Luna. Forzosamente deben tenerla allí, ya que no se concibe que cada platillo volante haga un viaje de ida y vuelta a su planeta de origen cada vez que deba reponer su

provisión de bombas atómicas.

—Entonces, ¿por qué no hacemos una visita al enemigo en la Luna?

—preguntó Welby.

El general contestó:

—¿Pues qué cree usted que nos proponemos hacer? Para espantar a los platillos volantes no era necesario introducir ningún cambio en la disposición interior de la astronave. Nuestra idea es duplicar el número de pisos de este cohete para que podamos transportar en él diez o doce mil hombres a la Luna.

Y el general explicó que, antes de la inesperada aparición de la astronave marciana, el Estado Mayor General norteamericano estaba haciendo los planes para expedir a la Luna una fuerza de comandos cuya misión consistiría en tomar por asalto y destruir las bases que el enemigo debía de tener allí.

En teoría no había dificultades para que este plan pudiera realizarse. Si fue posible enviar a Marte una expedición de 70 hombres tripulando diez astronaves, un viaje a la Luna no debería representar mayores dificultades.

En la práctica, sin embargo, este ambicioso proyecto presentaba dificultades insuperables.

No era posible reunir la expedición en una órbita de salida alrededor de la Tierra, como se hizo con la expedición marciana. Los platillos volantes, dueños absolutos del espacio que se extendía más allá de la estratosfera, derribarían las distintas piezas de las astronaves que deberían montarse en la órbita de salida.

Por lo tanto, y para que el comando pudiera alcanzar la Luna sin dar tiempo a ser interceptado por los platillos volantes, los cohetes deberían despegar de la Tierra para alcanzar directamente la Luna en un breve viaje sin escalas.

Esto podía hacerse con los medios actualmente existentes —cohetes impulsados a base de hidracina— a condición de poder reunir todo el costoso material que se necesitaría para una expedición de esta envergadura.

Pero por este sistema, cada cohete que al despegar de la Tierra pesara 7.000 toneladas sólo podría llevar hasta la superficie de la Luna una carga útil de 500 kilogramos, insuficiente a todas luces para el

transporte de una fuerza militar de alguna consideración. Y estos cohetes, completamente desarmados, seguirían expuestos a los ataques de los velocísimos y maniobreros platillos volantes.

—Por lo tanto —siguió en general—, el ataque a las bases del enemigo en la Luna contaba con escasas probabilidades de llevarse a efecto hasta que ustedes aparecieron con su fantástica astronave.

Tinsley se interrumpió para acariciar con los ojos al gigantesco huso metálico que se elevaba como una torre maciza sobre los astilleros de Muskegon, y añadió:

—Ahora es distinto. Con este buque del especio podemos llevar simultáneamente una división de tropas paracaidistas, medio centenar de tanques pesados y bastante artillería atómica para sentarlos la mano a esos malditos hicsinos, o como mil diablos se llamen. Y después… ¡ah, después! Por nada del mundo quisiera perderme el espectáculo que ofrecerán las ciudades del enemigo saltando en pedazos bajo nuestras bombas de hidrógeno, y a la gente de Hicsos muriendo como ratas víctimas de nuestra guerra bacteriológica… cuando les hagamos una visita en su propio planeta.

Y el general entornó los ojos soñadoramente, como viendo ya con la imaginación el momento en que las fuerzas armadas terrícolas cobrarían justa revancha de su inhumano enemigo.

Este mismo día, el siguiente a la prueba realizada con los proyectores de la astronave, una escuadrilla de doce aviones de caza de propulsión a chorro volaron sobre Muskegon.

Los proyectores de la astronave estaban conectados para prevenir un posible ataque del enemigo con bombas atómicas volantes, como hizo en la base Williams. Apenas los aeroplanos aparecieron en el horizonte, los proyectores de la astronave se encendieron por sí solos, giraron con rapidez y se clavaron como dardos en los cazas.

Los aeroplanos continuaron volando, aunque mostrando alguna torpeza. Perdieron su impecable formación. Dos chocaron y estallaron en el aire. Luego, misteriosamente, los restantes entraron en barrena y fueron precipitándose uno tras otro en el lago, con los motores todavía en marcha.

Ninguno de los pilotos utilizó el paracaídas para ponerse a salvo, aunque tuvieron tiempo de sobra para hacerlo.

—El rayo plateado les mató —aseguró el general Tinsley

lúgubremente—. No fueron los aviones quienes fallaron, sino sus pilotos.

Este desgraciado incidente llenó de consternación y perplejidad a los profesores nucleares Ullman y Graeter.

—No tenemos disculpa —murmuró Graeter—. Nosotros somos los responsables de la muerte de esos pobres muchachos. Debimos prever la posibilidad de que los rayos que no afectaban a las máquinas pudieran ser, no obstante, nocivos para sus tripulaciones.

—Me gustaría examinar alguno de esos cadáveres, si acaso el posible rescatarlos —dijo Arthur Welby.

El general T insley cursó rápidamente una orden para que ningún aeroplano, fuera militar o civil, volara dentro del alcance de los misteriosos rayos de la astronave.

Después de este suceso, el equipo de sabios hizo una excursión por la intrincadas entrañas del cohete interplanetario para alcanzar el cinturón de proyectores que rodeaban la proa en el punto donde ésta comenzaba a estrecharse para formar el extremo de una ojiva.

Cuando finalmente fueron traídos los destrozados restos de uno de los pilotos, Arthur y otros dos doctores le hicieron la autopsia comprobando que habían muerto instantáneamente por destrucción fulminante de las células. Diagnóstico: muerte radiológica.

Arthur Welby regresó a la astronave ya pasada la medianoche. El suceso de aquella tarde le preocupaba hondamente. Estaba seguro de que los marcianos poseían medios para preservarse de una de las dolencias más terribles, propia precisamente de las generaciones que alcanzaban la presente Era Atómica.

Esta dolencia era la radiológica, o sea la que se contraía de resultas de exponer el organismo a las radiaciones gamma que eran emitidas por la deflagración de la bomba atómica.

—Los marcianos —dijo al profesor Ullman apenas llegar y confiarle el resultado de la autopsia— conocer de antiguo la forma de desintegrar el átomo. Han estado utilizando esta fuente de energía durante millares de milenios y sabían de ella cosas que la humanidad terrícola sólo conocerá después de una experiencia de varios millones de años. Unos hombres que han dominado hasta tal punto la energía atómica han debido hallar la manera de preservarse, así como curarse, de sus mortales efectos. Si nosotros pudiéramos descubrir de qué medios se

han valida para defenderse de la radioactividad, incontables personas se salvarían ahora, y otras muchas verían alejarse un serio peligro en los largos siglos que faltan para que el Hombre adquiera por sí mismo una experiencia análoga a la del marciano a fuerza de tiempo, de estudios y fracasos.

—Si lo dice por nuestros pilotos —contestó Ullman—, no creo que los marcianos tuvieran pócima, ungüento o cualquier otro preparado farmacéutico capaz de hacer a un hombre invulnerable contra esos rayos plateados. Lo único que pudo haber salvado a esos pilotos sería una coraza de plomo de varios centímetros de espesor. Lo que les mató fue un haz de rayos cósmicos.

—¡Rayos cósmicos! —exclamó Welby. Y tras una breve pausa preguntó—: ¿Qué sabemos acerca de los rayos cósmicos?

—Muy poco. Prácticamente nada —contestó Ullman—. Desde la creación del mundo, unos rayos misteriosos ametrallan a la Tierra y a los seres que la pueblan. Viene de algunas regiones lejanas del Universo astral, y atraviesan la atmósfera como una granizada de partículas infinitesimales, cual ráfaga invisible que nos bombardea sin tregua ni descanso. No se les puede oír ni sentir, pero atraviesan nuestro cuerpo como balas de ametralladora. Sus trayectorias, lo único que hemos podido fotografiar, son casi rectilíneas. Nos golpean a velocidades vertiginosas, de doscientos ochenta mil kilómetros por segundo, y están dotados de energías considerables.

—¿Pero de qué están hechos? —preguntó Welby poco satisfecho de la confusa explicación del profesor Ullman. —Eso se preguntan desde hace medio siglo todos los sabios de la Tierra. Una cosa está establecida, sin embargo. Y es que los rayos cósmicos tocan muy de cerca de los elementos que aseguran la estructura infinitesimal de la materia. Si el mundo subsiste, si un trozo de materia cualquiera forma un conjunto que no estalla en todas direcciones, es debido a las fuerzas considerables que aseguran su cohesión. Se trata de esas fuerzas que comenzamos a liberar el día que fue roto el primer átomo de uranio. Una verdadera carrera científica internacional está en desarrollo para descubrir el misterio que ocultan esos rayos cósmicos. Todo lo que hemos averiguado es que los rayos cósmicos están formados de electrones, protones y otros componentes del núcleo atómico. Sabemos que penetran en la Tierra hasta cierta profundidad, que sus efectos son atenuados por nuestra atmósfera, y que algunas especies de ellos tiene tal malignidad que dejan un rastro de células muertas al atravesar el cuerpo humano.

—Pues no es mucho lo que sabemos —refunfuñó Arthur. Y luego preguntó—: ¿Podrían fabricar artificialmente los marcianos esos rayos cósmicos que asesinan a las células?

—Sin duda —contestó Ullman—. Esos fueron precisamente los rayos que asesinaron a nuestros pilotos esta tarde.

Con este nuevo descubrimiento, las posibilidades de la máquina marciana abrían nuevos horizontes ante aquellos hombres que actualmente la poseían.

A menos que los habitantes de Hicsos conocieran los efectos mortales de esta arma, lo cual no era probable, los proyectores de la astronave podían aniquilar lo mismo a las tripulaciones de sus aviones y tanques convencionales, que a los habitantes de sus ciudades que se encontraran a descubierto.

Prosiguiendo su ciclo de descubrimientos, los investigadores hallaron a bordo de la astronave y en una serie de compartimientos especiales, media docena de pequeñas aeronaves que podían lanzarse fuera por medio de unas compuertas que se accionaban desde los mismos aparatos.

Estas seis pequeñas aeronaves eran idénticas a las que Arthur y sus compañeros habían visto en la gigantesca ciudad subterránea de Marte. Los marcianos las utilizaban en su planeta a modo de automóviles.

Las navecillas marcianas carecían de ruedas y de tren de aterrizaje propiamente dicho. Sólo tenían un par de esquís para descansar sobre ellos cuando la máquina se posaba en tierra.

La fuerza que impulsaba y hacía elevarse a estas naves híbridas, con casco de canoa y cabina y portezuelas como un automóvil, parecía ser la misma que hacía flotar en el aire a la astronave interplanetaria. Como la astronave, los aerobotes podían elevarse verticalmente, hacer maniobras y volar a una velocidad de más de 5.000 kilómetros por hora dentro de la pegajosa atmósfera de la Tierra. En el espacio, donde la densidad del aire no ofrecía resistencia, la velocidad de estas navecillas debía ser muy superior.

Cada uno de los aerobotes, capaz para cinco gigantes marcianos, ofrecía espacio para triple número de terrícolas. Todas iban provistas de cierres herméticos en las portezuelas, y de un dispositivo que inyectaba oxígeno a presión dentro de la cabina climatizada.

Los marcianos, que aunque en menor proporción que el terrícola también respiraban oxígeno, debían haber equipado de esta manera sus aerobotes para poder realizar excursiones de unas ciudades a otras a través de la rarificada atmósfera de su planeta, en donde el oxígeno estaba en proporciones mil veces más pequeñas que en la atmósfera terrestre.

Las navecillas estaban completamente desarmadas.

—Los marcianos debieron utilizarlas para efectuar salidas desde su astronave —dijo el general Tinsley—. No importa que estén desarmadas. Nosotros montaremos en cada una de ellas un par de cañones barrecielos.

El barrecielos era un arma que los norteamericanos tenían en abundancia y, prácticamente, la única que les había servido para defenderse de las bombas volantes atómicas del enemigo, las cuales destruían o hacían estallar en el cielo cuando se encontraba a 15 o 16 mil metros de altura sobre sus fábricas y ciudades.

Básicamente, el barrecielos era un cañón antiaéreo móvil, pero hacía cosas que ningún otro cañón había hecho antes de ahora, y las hacía mejor que cualquier hombre o grupo de hombres con sus cerebros altamente especializados.

Tenía ojos —unos ojos electrónicos— que podían ver un aeroplano enemigo cuando aún se encontraba a centenares de kilómetros de distancia. Lo seguía, determinando su trayectoria, su velocidad y su altura más rápidamente de lo que podría hacerlo ningún genio matemático. Calculaba instantáneamente el lugar exacto del cielo donde debería estar un proyectil antiaéreo para encontrarse con el avión.

Y tenía un sistema de carga automático que permitía al cañón vomitar proyectiles tan rápidamente que parecía un chorro de acero saliendo de una manga de riego.

Lo demás corría de cuenta del proyectil, el cual salía del cañón provisto de unas antenas parecidas a los bigotes de un gato. Una pequeña emisora colocada dentro del proyectil enviaba ondas de radio que le precedían olfateando al avión enemigo. Cuando estas ondas decidían que el proyectil había llegado al punto donde podía hacer más daño, lo hacían estallar automáticamente.

Con el hallazgo de esta pequeña flotilla de aeronaves, la expedición de castigo contra las bases selenitas del enemigo prometía ser más

fructífera de lo que se pensó en un principio.

Mientras los comandantes Steinbek y Jones sacaban una por una las navecillas de sus compartimientos estancos, el general Thomas Tinsley fue a conferenciar telefónicamente con Washington para dar cuenta del feliz hallazgo.

Al regresar de esta conferencia le dijo a Arthur:

—Vamos a efectuar una salida con la astronave para espantar a los platillos volantes que están haciendo de las suyas en el hemisferio oriental. Daremos unas cuantas vueltas a la Tierra y regresaremos aquí para proseguir con las reformas de la nave. Steinbek y Jones pilotearán la máquina. Le dejo aquí a Hetch y a Muller para que le ayuden en la instrucción de los pilotos que no tardarán en llegar. Enséñenles como manejar esos aerobotes.

Esta fue la primera vez que el doctor Welby vio despegar desde tierra a la gigantesca astronave, y el espectáculo le dejó admirado por su grandeza.

Elevándose en el espacio verticalmente con la misma suavidad y ligereza que lo haría un dirigible henchido de helio, la monstruosa nave empezó a ganar velocidad para desaparecer rápidamente en el cielo.

—Espero que los platillos volantes no nos hagan una visita mientras nuestra astronave limpia el cielo del otro hemisferio —murmuró el teniente Hetch.

Pero los platillos volantes no se dejaron ver, porque volando alrededor de la Tierra como un satélite artificial sobre la línea del ecuador, la astronave daba una vuelta completa al globo cada 20 minutos dominando con sus proyectores cósmicos todo el espacio que quedaba por encima y a su alrededor.

Los platillos volantes, en número de un centenar, intentaron acercarse a Muskegon por el Oeste, en tanto la astronave se alejaba hacia el Este. Pero la astronave dio la vuelta a la Tierra antes que los platillos volantes tuvieran tiempo de acercarse a su objetivo, y pillados de sorpresa por la espalda, fueron hechos estallar en un abrir y cerrar de ojos por los rayos cósmicos marcianos.

Los observadores situados en tierra ni siquiera se enteraron de lo que estaba ocurriendo sobre sus cabezas. Los restos de los platillos volantes, al penetrar en la atmósfera terrestre, se volatilizaron a causa

del violento roce con el aire, como ocurría inevitablemente a los aerolitos que a menudo caían hacia la Tierra.

Todos los aparatos enemigos que estaban operando sobre Europa y Asia se apresuraron a escapar en dirección a la Luna apenas supieron que el campeón marciano estaba despegando de Muskegon. La astronave hubiera podido darles alcance antes de que salvaran los 380.000 kilómetros que le separaban de la Luna.

Pero no lo hizo, y con ello demostró el general Thomas Tinsley ser un jefe inteligente. Tal vez, de perseguir a los 500 platillos volantes que huían, los habría destruido. Pero entonces, los cien aparatos que destruyó unos minutos más tarde hubieran podido llegar impunemente hasta Muskegon y lanzar una lluvia de bombas atómicas que, aparte de inutilizar la flotilla de seis aerobotes, habría aniquilado a Muskegon y a todas las ciudades enclavadas en 200 kilómetros a la redonda.

Lo malo de los ataques con bombas atómicas era que cuando no destruían directamente el objetivo lo dejaban impregnado de mortal radioactividad.

Cuando una bomba atómica estallaba, emitía radioactividad en todas direcciones bajo la forma de rayos llamados gamma y partículas llamadas neutrones.

La mayoría de los rayos gamma eran emitidos en los primeros momentos de la explosión y su intensidad decrecía rápidamente. Los neutrones, en cambio, hacían radiactivas las sustancias donde penetraban.

Por lo tanto un ataque a Muskegon con bombas atómicas, aun en el caso de dejar intactas las grúas, gradas y demás material del astillero, las habría dejado inservibles por mucho tiempo a causa de la radioactividad inducida.

¿Quedarían también inutilizados los aerobotes marcianos?

Ésto era lo que temía el general Thomas Tinsley. Pero sus temores resultarían infundados más tarde, al comprobarse que el material de que estaban hechas las naves marcianas no quedaba inducido de radioactividad.

La astronave había sido objeto de un ataque con bombas atómicas, las cuales abrieron en su casco dos agujeros de respetable tamaño. Y sin embargo, sólo con los contadores Geiger era posible registrar en su

casco una débil radiactividad, insuficiente desde luego para causar el menor daño a la salud de los seres humanos que la recibían.

CAPÍTULO VII

Verificando frecuentes e intempestivas salidas a la estratosfera, los trabajos a bordo de la astronave sufrían un considerable retraso.

Pero los platillos volantes no podían ejercer su supremacía en el espacio, y esto era muy importante.

Sin embargo, el enemigo no había desistido de sus ambiciosos proyectos respecto al futuro de la Tierra. El enemigo sabía que necesitaba exterminar a los terrícolas para poder lanzar con éxito sus ejércitos de invasión, y sí como antes no demostró tener prisa en lograr este fin, ahora se apresuraba recurriendo a sistemas todavía más cruentos de exterminio en masa.

Esto era que los platillos volantes, realizando correrías relámpago por las altas capas de la atmósfera, esparcían espesas nubes de polvo radioactivo, que luego de flotar durante muchos días en el aire iban a depositarse lentamente en el suelo.

No existía verdadero protección contra este aire envenenado. Aquellos que tragaban o inhalaban estas partículas de polvo invisible no tardaban en sentir los terribles efectos de la radioactividad. Los síntomas de esta horrible dolencia se manifestaban en forma de náuseas, pérdida de peso y caída del cabello.

Las áreas contaminadas con este polvo, que era un subproducto resultante de la fabricación de elementos desintegrables y del funcionamiento de las pilas atómicas, continuaban siendo radiactivas aun después de estar expuestas a las condiciones atmosféricas.

Si un elemento era radiactivo, su radioactividad decrecía normalmente de acuerdo con un semiperíodo específico, que podía ser de pocos segundos o de varios años.

En el caso del polvo lanzado por los platillos volantes, el semiperíodo de los elementos radiactivos era de cuatro a cinco años. Esto, sin embargo, no quería decir que toda la Tierra fuera a resultar inhabitable por cinco años. La intensidad de esta radioactividad variaba con muchos factores, tales como la cantidad, la dispersión o la

concentración originada por los vientos, la lluvia o el terreno donde finalmente iban a depositarse.

Había por lo tanto zonas más afectadas que otras por este envenenamiento radiactivo, y algunas que no lo estaban en absoluto. Pero en general, la nueva táctica empleada por el enemigo causó una mortandad, de la que se resintieron en especial aquellos países que por ser más pobres en recursos no habían podido prepararse para esta clase de guerra, aunque la previeron.

En Estados Unidos, donde el Gobierno había empezado a abrir refugios apenas se tuvo la certeza de la existencia del planeta Hicsos más allá del Sol, la invasión de polvo radiactivo tuvo efectos más atenuados que en otros países del estilo de la India, donde la gente moría a millones y los cadáveres formaban montones en las calles sin nadie que se cuidara de recogerlos. Mas así y todo, la vida quedó completamente paralizada en extensas zonas de Norteamérica.

La gente vivía en los bien acondicionados refugios, provistos de filtros especiales para descontaminar el aire y de grandes reservas de alimentos. Pero las fábricas permanecían inactivas, y hasta resultaba peligroso para los soldados abandonar sus refugios para atender a los cañones barrecielos.

En cuanto a la actividad aérea, ésta acabó por suprimirse por completo. Al fin y al cabo, de poco podían servir los aeroplanos contra un enemigo que siempre estaba fuera del alcance de sus cañones y sus proyectiles cohete.

Pero si los platillos sembraron el terror y la muerte en la Tierra, también ellos salieron mal parados en estos alevosos y criminales ataques. En el curso de los 15 días que siguieron a la llegada de la astronave marciana a la Tierra, más de un millar de platillos volantes fueron destruidos por los rayos cósmicos en el espacio.

El polvo radiactivo esparcido por el enemigo a gran altura no llegó inmediatamente al suelo, sino que tardó de 10 a 15 días en descender hasta una altura en donde ya era altamente peligroso para cuantos se encontraban en las zonas afectadas.

En Muskegon, las cuadrillas de operarios que transformaban la astronave y los aerobotes tuvieron por lo tanto diez días en los cuales pudieron trabajar sin molestias, y cuatro o cinco en los que el trabajo se vio grandemente entorpecido por la creciente radioactividad del aire y de todos los materiales sobre los que iba a posarse el polvo invisible.

El lavado de las grúas, la diversa maquinaria, las paredes de los edificios y el pavimento con chorros de agua a presión dieron buenos resultados en general. Contra las moléculas de polvo radiactivo que se encontraban en suspensión en el aire, fueron empleadas sirenas ultrasónicas, las cuales precipitaban este polvo al suelo de donde era barrido con mangueras.

Sin embargo, y con el continuo aumento de la radioactividad, los operarios tuvieron que ser equipados con trajes blancos especiales de plástico, capuchas y caretas contra el polvo para moverse fuera de la astronave.

Ya en el interior de la gigantesca nave del espacio, todas estas precauciones resultaban inútiles. La máquina estaba provista de cierres herméticos que no dejaban entrar el aire, y los extraños aparatos que ocupaban buena parte de su popa fabricaban incansablemente grandes cantidades del oxígeno más puro que el hombre podía soñar en respirar.

—¡Con tal que no agotemos la provisión de oxígeno durante los trabajos y nos quedemos sin gota para la expedición a la Luna! —solía exclamar el general Thomas Tinsley, siempre preocupado por todo cuanto concernía a la tan ansiada expedición.

Pero el profesor Graeter le tranquilizaba:

—No se preocupe. Creo que tenemos oxígeno para largo tiempo. Los años que vivimos en la actualidad vienen a ser la aurora de una nueva Edad, aquella en que comenzamos a jugar con los terribles peligros de las energías intraatómicas, y efectuaremos esas transmutaciones de los cuerpos haciendo por ejemplo oro con un elemento químico vulgar, como Lord Rutherford transmutó hace años el oxígeno en ázoe en su laboratorio de Cambridge. Se aproxima el tiempo de los milagros, y los rayos cósmicos van en cabeza de la Ciencia de vanguardia. Si los marcianos que construyeron esta astronave utilizaron la energía de los rayos cósmicos para crear campos de fuerza en donde se mueve su aeronave, si a partir de ellos fabrican la luz de estas lámparas solares que nos alumbran, ¿por qué no habían de fabricar oxígeno a partir de un pedazo de roca, por ejemplo?

El general escuchaba atentamente a los científicos, se quedaba un momento pensativo y preguntaba:

¿Existe alguna posibilidad de que nosotros podamos copiar esta maravillosa máquina?

—¡Ni que lo sueñe! —exclamaba Ullman echándose a reír.

—¿Por qué no? No todos están capacitados para crear, pero cualquiera puede copiar.

—Según lo que se pretende copiar, general. ¿Qué cree usted que hubiera hecho el físico de Alejandro Magno se le hubiéramos dado a copiar nuestra bomba de hidrógeno? ¿Cree que hubiera podido reproducirla y hacer que estallara como nosotros hacemos estallar al original?

—¡Hombre! —exclamaba el general enojado— No se puede comparar. Trescientos veinte años antes de Jesucristo ni siquiera se conocía la composición del átomo. Pero nosotros...

—Nosotros lo conocemos hace apenas cincuenta años. ¿Y qué es eso? Nada, señor Tinsley. Estamos en el mismo caso que los chinos que descubrieron la pólvora. Ellos sabían que aplicándole fuego la pólvora estallaba desarrollando una gran fuerza. Básicamente, esos son los principios que mueven nuestros modernos motores de explosión. Sin embargo, han tenido que transcurrir muchísimos siglos para que el estallido brutal de la pólvora nos condujera a estos silenciosos y potentes motores que mueven nuestros modernos automóviles. Y ya, puesto que hablamos de automóviles, ¿cree usted que el mismo físico de Alejandro sería más afortunado copiando un Cadillac que una de nuestras bombas atómicas?

—¿Por qué no? —contestó el general— La construcción de un automóvil plantea problemas más bien técnicos que científicos.

—¿Cree usted?

—Sí. Teniendo materiales y gasolina...

—¡Ah! —exclamaba aquí el profesor Ullman triunfalmente— Ese es el caso, señor Tinsley. Los antiguos carecerían de esos materiales. Aun suponiendo que pudieran arreglárselas con los toscos metales que entonces conocían, habrían necesitado también un taller con tornos, prensas y fundiciones que estaban fuera de su alcance. Incluso después de tener fabricado su automóvil habrían tropezado con un obstáculo insuperable; la gasolina. En aquellos tiempos no se conocía el petróleo, ni mucho menos las costosas refinerías que ahora utilizamos para separar la gasolina del petróleo bruto. Para aquellos hombres, el automóvil hubiera sido una máquina incomprensible, que se alimentaba de un elixir misterioso e inexistente en la Tierra. Y ese es nuestro caso, señor Tinsley Ni nuestra técnica está capacitada para

reproducir esa astronave, ni aunque lográramos copiarlas conseguiríamos hacer que se moviera. El alimento que la nutre es totalmente desconocido para nosotros. Sabemos que está relacionado con la energía atómica, como los físicos de Alejandro Magno podían sospechar que la gasolina tenía algún punto de contacto con el petróleo que flotaba espontáneamente sobre ciertos riachuelos del Asia Menor. Pero ignoramos como se fabrica.

El general se rascaba la cabeza y finalmente preguntaba:

—Bueno; ¿así que tendremos bastante oxígeno para la expedición a la Luna?

—Sí. Y probablemente también para hacer una excursión a Hicsos. —Pues eso es lo único que nos interesa por ahora.

Esta expedición a la Luna, naturalmente, era mantenida en secreto riguroso por el Estado Mayor General norteamericano. El enemigo no sólo estaba a la escucha de las emisiones de radio terrícolas, sino que al amparo de su parentesco con la raza blanca terrestre y conociendo varios de los idiomas que se hablaban en el planeta cristiano, podía confundirse y sin duda andaba confundido con la población terrestre desempeñando funciones de espía.

También los receptores de radio terrícolas interceptaban de vez en cuando los mensajes del enemigo. Pero nadie en la Tierra era capaz de entender una sola palabra del idioma de Hicsos.

En la emisora receptora de la astronave marciana, de una potencia y alcance jamás igualados por ninguna estación de radio terrestre, los mensajes que cambiaban entre sí los comandantes de los platillos volantes llegaban distintamente y con gran frecuencia, siendo grabados todos ellos en rollos de cinta magnetofónica.

—¿Qué utilidad esperan sacar de esas conversaciones por radio que nadie entiende? —preguntó Arthur al general Thomas Tinsley.

—Algún día descifraremos esos mensajes —aseguró el general—. Uno de los objetivos de nuestra expedición a la Luna es tomar prisioneros al enemigo. Cuando tengamos uno de esos malditos hicsinos en nuestro poder, no será difícil obligarle a que nos ayude a componer un diccionario inglés-hicsino. Nuestras máquinas traductoras podrán entonces sacarle sentido a estos mensajes que ahora grabamos en cinta magnetofónica. Puede que la mayoría de los mensajes hayan perdido actualidad, pero tal vez haya uno entre cien que resulte interesante. En último extremo nos servirán para estudiar la táctica del enemigo.

Con todo esto y el aumento creciente de la radioactividad en el aire, las modificaciones en la astronave y en los aerobotes marcianos adelantaban a pasos agigantados.

El doctor Arthur Welby ayudó a los oficiales astronautas que fueron en la expedición de Marte a entrenar a los 20 pilotos de las Fuerzas Aéreas en el manejo de los aerobotes.

A su vez, fue instruido por los aviadores en el manejo de las ametralladoras y el funcionamiento de los cañones barrecielos y los proyectiles cohete que estaban siendo montados en los seis aerobotes marcianos.

Las reformas hechas en la astronave gigante eran sencillas y todas tendían a aumentar su capacidad de carga.

Como cada compartimiento de la astronave tenía 8 metros desde el piso al techo, los ingenieros terrícolas hicieron desde cada uno de estos pisos con el sencillo procedimiento de tender vigas de un extremo a otro de los compartimentos a una altura media entre el piso y el techo y cubrirlas luego con planchas de acero remachadas.

Todos los materiales necesarios fueron introducidos por la enorme puerta de acceso de ocho por cuatro metros y repartidos en los diversos pisos de la astronave por el gigantesco montacargas.

Todos los muebles, aparatos de televisión, escaleras y demás accesorios condicionados al tamaño de los gigantescos marcianos que antaño tripularon la máquina, fueron sacados y sustituidos por otros más en acuerdo con el tamaño de los terrícolas.

En la cabina de mando, el piso fue levantado hasta una altura conveniente para que los pilotos pudieran alcanzar los botones del cuadro de instrumentos. Los pilotos fueron dotados de sillones cómodos y apropiados para su tamaño, y muchas esferas del cuadro se cambiaron para que registraran altitud, velocidad, presión de la atmósfera y temperatura en medidas comprensibles para la nueva tripulación.

En los aerobotes las reformas fueron todavía más drásticas. La cabina, que en un principio se había creído provista de cristales, resultó tener estos vidrios de acero. Un acero especial, transparente, que rechazaba las balas disparadas con fusil desde cinco metros de distancia.

Ese fue un hallazgo feliz, porque al elevar el piso de los aerobores como se había hecho en la cabina de mando de la astronave, los

pilotos vinieron a encontrarse en cabina espaciosa, con una visibilidad estupenda a causa de las paredes transparentes. En el espacio que quedaba debajo del nuevo piso se almacenaron las cuantiosas reservas de municiones, tanto para los dos cañones barrecielos como para las ocho ametralladoras de 30 milímetros que se montaron en la chata proa de los aparatos. Los cañones barrecielos iban uno sobre el techo de la cabina, y el otro en una torrecilla especial que se montó en la parte inferior de la proa.

A los 20 días de haberse comenzado estos trabajos, tanto la astronave como la flotilla de aerobotes estaban listos para emprender la expedición de castigo contra las bases que el enemigo tenía establecidas en la Luna.

La expedición, sin embargo, tuvo que demorarse otros 15 días mientras se esperaba a que estuviera listo el material bélico y el equipo especial para el raid.

Precisamente por los días en que se daban los últimos toques a la astronave y cuando la cantidad de radioactividad sobre Muskegon hacía altamente peligrosas las salidas de los refugios y de las propias máquinas interplanetarias, el doctor Arthur Welby fue reclamado por el Estado Mayor General para que diera una serie de conferencias a las fuerzas que iban a participar en el ataque contra la Luna.

A este efecto, el doctor Welby, el comandante Jones y el teniente Herch se embarcaron en uno de los aerobotes marcianos para trasladarse al desierto de Mojave (Arizona), en donde irían a reunírseles las astronaves para recoger a las tropas y al material que allí se estaba reuniendo.

En el desierto de Mojave la cantidad de radioactividad era pequeña y perfectamente tolerable. No sólo las tropas de comandos, sino también mucha gente de otros estados más afectados por la radioactividad se habían trasladado allí huyendo de los mortales efectos del polvo lanzado por el enemigo.

Lo malo para esta gente era que en Mojave el suelo arenoso y seco no daba otra cosa que cactos y serpientes de cascabel. Aunque el Gobierno se esforzaba por abastecer a estos refugiados, la verdad era que el hambre se enseñoreaba allí de todo el mundo, incluso de las mismas tropas.

Diez mil soldados paracaidistas, con sus cuadros de oficiales completas y sus generales, esperaban al doctor Welby entrenándose todos los días bajo el demoledor sol de Arizona.

La misión de Arthur consistía en documentar a la tropa, y a los jefes y oficiales, sobre las condiciones de vida reinantes en la superficie de la Luna. Aunque Welby no había posado nunca su planta sobre el satélite, había vivido varios meses en un satélite artificial cuando se preparaba la expedición a Marte.

También era uno de los contados supervivientes de aquella famosa expedición, y por si esto no bastara para calificarle como una autoridad en materia de astronomía y astronáutica, Welby era también el descubridor del planeta Hicsos.

Así que, con más prestigio que auténtica experiencia, Arthur se dispuso a documentar a las tropas sobre todo aquello que encontrarían al aterrizar en la Luna. Una cosa le servía de consuelo en esta apurada situación, y era que si él no había estado jamás en la Luna, tampoco se le había anticipado en la visita al satélite ningún habitante de la Tierra.

De todas formas, Arthur era un antiguo aficionado a la Astronomía y podía por lo menos hablar a sus oyentes con tanta autoridad como el mejor astrónomo del país.

—En el momento de disponerse a aterrizar en la Luna deben ustedes despojarse de su personalidad de hombres de la Tierra —empezó diciendo Arthur—. De lo contrario creerán que están siendo víctimas de una pesadilla y perderán el control de sus nervios. Porque nada de cuanto aquí les es familiar les dará la sensación de encontrarse en casa. —Lo primero que un astronauta debe saber —prosiguió diciendo Arthur— es que en la Luna no hay aire. Cada uno de ustedes será equipado con una escafandra y un traje especial, consistente en un yelmo de cristal y titanio y en un grueso traje acolchado de una sola pieza. Cuando lleven ustedes puesto este traje no podrán rascarse ni sonarse. Convendrá que sepan que si se quitan aunque sólo sea por un segundo la escafandra, morirán instantáneamente por cualquiera de estas causas: descompresión, frío, asfixia o rayos ultravioleta.

El doctor hizo una pausa para pasear la vista sobre su atento auditorio y prosiguió:

—Esta ausencia de atmósfera en la Luna trae enormes consecuencias. Aparte de las ya descritas, ningún ruido en este mundo espantosamente desierto podrá producirse, puesto que las ondas sonoras no se propagan en el vacío. Montañas enteras podrían derrumbarse, y seguramente se derrumbarán, y esto resultará un espectáculo extraño, tal como si estuvieran presenciando ustedes una película muda. Tampoco oirán el estampido de sus ametralladoras, y

ni siquiera la deflagración de las bombas atómicas perturbará el silencio de muerte allí reinante. Esta ausencia de atmósfera hace que hasta los confines del horizonte sean siempre de una nitidez perfecta. El ojo, deslumbrado, verá los últimos planos tan vigorosamente como los más próximos.

Arthur se interrumpió para respirar y añadió:

—También debido a esta ausencia de aire, durante el día lunar los rayos del sol, al no ser absorbidos ni atenuados por atmósfera alguna, calientan el suelo y todos los objetos expuestos a su luz a más de cien grados… lo que se dice un calor achicharrante. Por el contrario, durante la noche lunar, la temperatura descenderá muy por debajo de los cien grados bajo cero… así que ya lo saben. En la Luna no hay términos medios. O se achicharra uno o se queda hecho un carámbano.

Arthur aguardó hasta que cesaron las risas y prosiguió diciendo:

—Otra particularidad muy interesante es que nuestro satélite, con un volumen cincuenta veces más pequeño que la Tierra y pesando ochenta y una veces menos que nuestro globo, posee una fuerza de atracción también mucho más pequeña. Cien kilos de los nuestros pesarán allí quince kilogramos. Cualquiera de ustedes podrá levantar en la Luna rocas tan grandes que aquí en la Tierra pesarían media tonelada. La consecuencia inmediata de esta débil fuerza de gravedad es que podrán dar saltos de seis a siete metros y la caída será mucho menos peligrosa que aquí, porque los cuerpos caen allí más lentamente. Esto les creará algunos problemas antes que logren acostumbrarse a moverse con tanta ligereza. Y otra consecuencia será que los proyectiles que ustedes disparen con sus fusiles y cañones tendrán un alcance enorme, describiendo trayectorias que para las distancias cortas serán prácticamente rectas…

De esta guisa, Arthur Welby iba desarrollando ante los ojos de su asombrado auditorio las extrañas condiciones de vida y los fantásticos paisajes que encontrarían al desembarcar en la Luna. Montañas de más de 8.000 metros de altura; cráteres de más de 200 kilómetros de anchura; desiertos de polvo volcánico; interminables grietas que se abrían en el suelo a lo largo de más de 2.000 kilómetros; aerolitos que caían del cielo como bólidos para estrellarse en mil pedazos; y desde las profundas tinieblas de la noche sideral al cegador brillo de un Sol que ninguna atmósfera podía atenuar.

Mientras tanto, iban llegando a Mojave para su posterior embarque en la astronave los primeros y extraños carros de combare movidos por la

energía atómica.

La industria norteamericana, desmantelada por los bombarderos atómicos del enemigo y con irremplazables bajas en sus cuadros de técnicos y obreros especializados, hacía un último y sobrehumano esfuerzo para dotar a sus Fuerzas Armadas de los elementos que debían garantizar el éxito en una expedición a la Luna.

Estos carros de combate habían sido construidos en menos de un mes aprovechando parte de los planos que se utilizaron para construir el tractor atómico que acompañó a la expedición marciana.

Una pila atómica levantaba el vapor de una caldera especial. Este vapor movía una turbina acoplada al sistema de tracción de los tanques, a la vez que accionaba un pequeño generador de electricidad para el alumbrado, la calefacción y los demás servicios de la tripulación.

Estos carros resultaban tanto por su tamaño, como por el formidable cañón que montaban y las dobles corazas de acero y plomo que protegían a la tripulación y a los motores, de un peso considerable, que les hubiera hecho inservibles para moverse sobre la superficie de la Tierra.

Pero para emplearlos en la Tierra —o en una invasión de Hicsos— las Fuerzas Armadas norteamericanas no hubieran necesitado propulsar tanques con la energía atómica.

La única razón de emplear esta costosa y complicada fuerza para los tanques que debían ir a la Luna, era que en el satélite no podían funcionar los convencionales motores de explosión por falta de oxígeno. Por lo tanto, y estando construidos para operar exclusivamente en la Luna, no importaba que estos monstruosos carros de combate resultaran tremendamente pesados. Allá en la Luna, cada tonelada de material sólo pesaría 150 kilogramos. Una semana más tarde aterrizaron en el desierto de Mojave la astronave y la flotilla de aerobotes. En aquella semana, la astronave había derribado otros 500 platillos volantes, sobre poco más o menos.

La astronave permaneció otra semana en el desierto, derribando otros 300 platillos volantes en sus esporádicas salidas y cargando material entre combate y combate.

—La verdad es que con sólo esta fantástica astronave acabaríamos por limpiar nuestro cielo de platillos volantes a la larga —comentó el comandante Steinbek, que acababa de ser ascendido al grado de

teniente coronel, lo mismo que su compañero Jones.

—Sí —contestó el general Thomas Tinsley, nombrado jefe de operaciones aéreas para la expedición a la Luna—. Sólo que a la larga el género humano de este mundo se había acabado antes que los platillos volantes.

Esto era amargamente cierto. El enemigo había perdido la cuarta parte de sus efectivos totales en el cielo de la Tierra. Pero esta transacción arrojaba un saldo muy importante a su favor.

Porque mientras que el enemigo podía seguir construyendo platillos volantes allá en la fábricas de su planeta, lejos de la guerra, la Tierra agonizaba estrangulada por tres mortales enemigos: el hambre, las pestes y la radioactividad.

Así, pues, y en el momento en que la expedición se disponía a partir hacia la Luna, el Mundo atravesaba por los momentos más difíciles y angustiosos de su historia.

La destrucción de las bases que el enemigo tenía en la Luna, incluidos los platillos volantes y los pertrechos allí acumulados para la invasión de la Tierra, podían sin duda dar un respiro a los ejércitos terrícolas. Para reponer sus 10.000 platillos volantes y todo el material acumulado, el enemigo necesitaría de un tiempo bastante largo.

Y tiempo era lo que necesitaba la Tierra para combatir las pestes y las plagas, para rehacer su agricultura y su industria y para que fueran delimitándose las áreas inhabitables a causa de la radioactividad en ellas acumulada.

—Si conseguimos aniquilar al enemigo en la Luna —dijo el general Tinsley a las tropas en el momento de embarcar—, esta astronave marciana que la Providencia puso en nuestras manos, puede cortar las líneas de comunicación astrales del enemigo impidiendo que éste vuelva a establecer bases en la Luna. Esta astronave podrá también bloquear a Hicsos y por último... ¿quién sabe? Quizás no esté tan lejos el día en que el enemigo reciba en su propia casa respuesta adecuada al daño que nos ha hecho. Pero nada de eso será posible si fracasamos en este desesperado intento de hoy. El enemigo tiene sus bases bajo la superficie del suelo de la Luna. Eso es seguro. Para preservar sus hombres y su material de las duras condiciones de vida reinantes en aquel mundo, el enemigo habrá tenido que construir espaciosos refugios, formidablemente acondicionados, en donde sus tropas puedan vivir mientras esperan el momento de lanzarse al asalto de la Tierra. Esos refugios, con toda seguridad, no están defendidos o no lo

estaban al menos hasta hace poco más de un mes. Antes de la aparición de la astronave marciana el enemigo no nos esperaba en la Luna, porque sabía perfectamente que carecíamos de medios pare llegar hasta allí. Pero ahora sabe que podemos ir en cualquier momento… y nos espera. Por lo tanto, este asalto a estilo comando implica un grave riesgo; el riesgo de fracasar. Los rayos cósmicos de nuestra astronave sólo pueden atravesar unos metros de tierra. Más abajo del alcance de esos rayos el enemigo estará a cubierto. Además: a partir del momento en que nuestras tropas desembarquen en la Luna, los rayos mortíferos de nuestra astronave no podrán ser empleados contra el enemigo, so pena, de aniquilarnos a nosotros al mismo tiempo. La astronave destruirá a todos los platillos volantes que se encuentran posados en la Luna o volando alrededor de ella. Luego desembarcará las tropas y se limitará a esperar alrededor de la Luna para ir aniquilando a los platillos volantes que intenten escapar. Así, el asalto a las bases queda convertido en una operación exclusivamente terrestre, en la que sólo tendremos el apoyo que puedan ofrecernos nuestros seis aerobotes. Quiero decir con esto que, como ha venido ocurriendo desde que el mundo es mundo, a través de todas las edades y pese al carácter científico que ha tomado esta guerra que vivimos, la misión de destruir y capturar al enemigo sigue corriendo a cargo de la infantería. Si la infantería fracasa, nuestra aeronave no podrá hacer nada para evitar el desastre de que estamos amenazados. El enemigo puede fabricar muchos miles más de platillos volantes y enviarlos contra la Tierra en una segunda intentona pare invadirnos. Pero ese no es nuestro caso. Si fracasamos no habrá tiempo ni medios pare preparar una segunda expedición a la Luna. Por lo tanto tenemos que vencer. Y venceremos. ¡Viva la Tierra!

Un ronco grito de fiero entusiasmo estremeció el tranquilo aire del desierto. Luego, los 10.000 hombres, ya armados y equipados con trajes especiales de vacío que incluían también una escafandra, dos botellas de oxígeno y un acumulador eléctrico a la espalda, empezaron a ascender ordenadamente por la empinada rampa que conducía hasta la puerta de acceso a la gigantesca astronave.

Los hombres andaban ahora agobiados por el considerable peso de su equipo y sus armas, pero allá en la Luna y debido a la escasa fuerza de gravedad del satélite, cada soldado pesaría menos de 20 kilogramos.

Flotaba en el aire esa atmósfera especial de los grandes acontecimientos emocionados, los hombres del Gobierno y los altos jefes militares que habían acudido a presenciar la salida de la expedición estrecharon la mano del general Thomas Tinsley y los generales Shapley y Blumenstock, que mandaban respectivamente la

División Paracaidista y la Brigada Blindada Especial.

También estrecharon la mano del doctor Arthur Welby, a quien nadie habían intentado siquiera discutir su derecho a participar en la expedición.

Tres horas más tarde, el reguero de soldados que trepaba por la plancha terminaba de afluir. Cinco tanques atómicos superpesados que habían llegado a última hora, todavía sin pintar y directamente de la fábrica, ascendieron rezongando por la rampa.

A través de la radio se cruzaron los últimos saludos entre los que partían y los que se quedaban. En realidad, la expedición no perdería el contacto por radio con la Tierra. Pero era de rigor despedirse:

"Adiós, buena suerte". "Hasta pronto".

En la cabina de mando de la astronave el general Tinsley hizo una seña al teniente coronel Steinbek. Este apretó el botón que cerraba todas las puertas de la astronave.

Dos minutos más tarde, el monstruoso huso metálico, tan alto como un rascacielos de 100 pisos, se elevaba majestuosamente en el aire seguido de los seis meteóricos aerobotes.

La aventura había comenzado.

CAPÍTULO VIII

El espacio aparecía completamente limpio de platillos volantes en todo cuanto alcanzaba el poderoso radar de la astronave.

—¿Cree usted que el enemigo conoce nuestras intenciones? —preguntó Welby al general Tinsley. El general se encogió de hombros.

—Es posible —murmuró—. Mas aunque tuviéramos la certeza de que somos esperados no alteraríamos el rumbo. En nuestra apurada situación no podemos hacer otra cosa que atacar; atacar, sean cuales fueran las consecuencias de nuestro golpe de mano.

—Desde luego —apuntó el general Blumenstock—. Yo diría que lo saben. Es muy sospechoso que no hayamos encontrado un solo platillo volante a estas alturas. ¿Habrán evacuado la Luna?

—No lo creo —contestó Tinsley—. También a ellos está causándoles bastantes molestias nuestra astronave. Ahora se les ofrece una oportunidad de combatirla desde tierra firme, y no la desaprovecharán.

—Además —apoyó Arthur—, el transporte de pertrechos y tropas desde el lejano Hicsos a la Luna debe haber presentado grandes dificultades al enemigo.

—¿Por qué? —preguntó el general Shapley— Ellos poseen medios de navegación interplanetaria.

—En efecto. Sin embargo, esos medios no han sido desarrollados todavía lo suficiente para permitirles construir astronaves gigantes. Fue en mil novecientos cuarenta y siete cuando los platillos volantes comenzaron a aparecer en nuestro cielo. Aproximadamente esa debe de ser la fecha en que los hicsinos, abandonando por primera vez la atmósfera de su planeta, se adentraron en el espacio y nos descubrieron. En tan pocos años los hicsinos pueden haber construido algunos millares de platillos volantes, pero no es probable que hayan desarrollado su astronáutica hasta el punto de poseer aparatos de gran tonelaje. Aunque van mucho más adelantados que nosotros en astronáutica, también ellos tienen que luchar contra la fuerza de atracción de su planeta para salir al espacio. Pero la verdadera astronáutica, aquella que permite elevar grandes máquinas y efectuar vuelos de muchos años de duración, no empieza hasta que el hombre penetra en los profundos misterios de la gravitación universal y puede crear esos campos de fuerza que los marcianos emplearon en sus maravillosas astronaves.

—¿Quiere decir que la astronave más grande que posee el enemigo es el platillo volante? —preguntó el general Blumenstock.

—Es posible que tengan algunas astronaves mayores. Pero no mucho mayores —aseguró Welby. Y mirando a la brillante superficie de la Luna, que iba acercándose por instantes, añadió—: Por eso creo que el enemigo no ha evacuado sus bases de la Luna. Sólo Dios y ellos saben el esfuerzo que las habrá costado traer hasta aquí sus tropas y su material de guerra. Creo, incluso, que esas tropas y ese material no son tan cuantiosos como hemos dado en creer. Eso podría explicar por qué, antes de desembarcar sus ejércitos, han intentado por todos los medios exterminarnos. Posiblemente, las fuerzas que ellos tienen en la Luna jamás hubieran bastado para aplastar a los ejércitos unidos de la Tierra, si antes no llevaran a cabo una paciente campaña de exterminio en masa.

—Bueno —murmuró al general Tinsley—. Sea como sea no tardaremos mucho en saberlo. Deme ese micrófono, telegrafista. Voy a ordenar a la escuadrilla de aerobotes que se adelante para empezar la búsqueda de los refugios enemigos.

La Luna, tal y como ahora la veían los astronautas, aparecía en forma de una brillante hoz con los extremos apuntando hacia babor. Esto era así porque la fecha escogida para el asalto a la Luna coincidía con la luna nueva.

En este momento la luna era invisible desde la Tierra. Los astronautas, a medida que la contorneaban, iban viéndola en forma de una hoz plateada, cuya hoja se hacía más ancha por momentos.

Iban a penetrar el más profundo de los misterios que envolvían a la Luna. Ésta, por emplear el mismo tiempo en su evolución alrededor de la Tierra que en dar una vuelta completa sobre su eje, presentaba siempre a la Tierra la misma cara, manteniendo la otra oculta a las miradas del terrestre.

El Estado Mayor norteamericano creía que el enemigo, de tener bases en la Luna, las habría establecido precisamente en este hemisferio. De otra forma, los mayores telescopios terrestres, que podrían distinguir incluso por su forma cualquier objeto que tuviera 100 metros de largo, habrían acabado por descubrir cualquier actividad de astronaves que tuviera este tamaño moviéndose sobre el fondo ar gentado de la superficie lunar. En la cara de la luna que miraba a la Tierra era noche en cuyo cielo brillaba la tierra llena. Pero en el hemisferio lunar opuesto, donde se suponían las bases hicsitas, reinaba el largo día selenita. Si había batalla, ésta se realizaría a la plena y cruda luz del sol.

Mientras la brillante hoz se hinchaba ante los ojos absortos de los astronautas, la escuadrilla de aerobotes aceleró para avanzar en descubierta sobre la Luna.

Todos los aparatos estaban enlazados entre sí y la astronave nodriza por radio y televisión. Así, pues, y conectado la pantalla de la astronave con la onda emitida por uno de los astrobotes, los generales podrán ver lo mismo que veían los pilotos de los aerobotes a través de los cristales de sus cabinas.

La astronave nodriza siguió desviándose a un lado con el propósito de dar una vuelta al satélite desde una distancia de 5.000 kilómetros. A esta distancia, los objetos enclavados en la superficie de la Luna se verían demasiado pequeños para apreciar su naturaleza. Pero los

aerobotes eran entonces los ojos de la astronave.

Volando sobre la superficie de la Luna a una altura de sólo 25 kilómetros de altura, el aerobote del teniente coronel Jones, que era quien mandaba la escuadrilla, iba mandando a la pantalla de la astronave las imágenes captadas por el objetivo de su televisor.

Aquel hemisferio de la Luna, tal y como se había supuesto siempre, no se diferenciaba en absoluto de la cara eternamente vuelta a la Tierra. Aquí, como allá, la superficie lunar estaba salpicada de cráteres, algunos de más de 300 kilómetros de diámetro. Grandes cordilleras, con picos de hasta ocho mil metros de altura, proyectaban sus largas y negras sombras sobre los extensos desiertos de polvo volcánico. El suelo se apreciaba cubierto de grietas que se alargaban en todas direcciones formando una intrincada e irregular malla.

De pronto, al sobrevolar los afilados picachos de una cordillera, el teniente coronel Jones se vio saludado por una salva de artillería procedente del valle inmediato.

La artillería antiaérea del enemigo funcionaba a todas luces por sistema análogo al de los cañones barrecielos norteamericanos.

Estos cañones, localizando a los aerobotes por radio y dirigiendo automáticamente contra ellos su fuego, funcionaron con una rapidez y puntería de cuya eficacia pudieron tener nota inmediata los terrícolas.

Uno de los aerobotes, alcanzado de lleno por una manga de proyectiles perforantes, estalló en mitad de una inmensa llamarada diez veces más potente que la producida por la explosión de una bomba atómica.

—¡Arriba... arriba! —se oyó gritar al teniente coronel Jones a través de la radio. Los cinco aerobotes supervivientes salieron despedidos hacia el cielo como meteoros. Antes de efectuar esta maniobra, no obstante, otros dos aparatos resultaron alcanzados por los proyectiles del enemigo, si bien estos no les causaron daño alguno.

—Mal comienzo es éste —murmuró el general Tinsley, procurando que su voz no llegara hasta los pilotos a través del aparato de radio.

A 50 kilómetros de altura, la escuadrilla de aerobotes se detuvo. Los proyectiles de la artillería no llegaban hasta allí. En realidad ni siquiera hubieran alcanzado los 20 kilómetros disparando a través de la atmósfera de la Tierra, con una fuerza de gravedad mucho mayor. Pero aquí en la Luna, los proyectiles tenían un alcance considerable,

que había obligado a los artilleros norteamericanos a confeccionar nuevas tablas para el cálculo de tiro.

—¡Aló, NORDRIZA! —llamó la voz de Jones por la radio— Aquí, CAMADA. Todo el valle que divisamos desde aquí está erizado de cañones antiaéreos. Nos han derribado un aparato ¿Quieren que abramos fuego con nuestros barrecielos?

—Atención CAMADA —contestó Tinsley por la radio—. Dejen eso para nosotros y sigan adelante. Si el enemigo tiene refugios excavados en la roca los habrá provisto de grandes compuertas para practicar dentro una atmósfera artificial. Esas compuertas deberían arrojar un eco muy grande en las pantallas de radar. ¡Búsquelas!

Jones se marchó con su escudrilla, volando fuera del alcance de la artillería enemiga, y el general Tinsley dio orden a Steinbek de descender sobre la superficie de la Luna. Ante las pantallas de radar adicionales que se habían montado en la misma cabina de mando, los especialistas buscaban inútilmente el rastro que dejaron los platillos volantes.

En cambio, el radar detectaba sobre la corteza lunar miríadas de pequeños puntos de luz, que fueron identificados como piezas de artillería.

—¡Cañones, cañones y más cañones! —refunfuño Tinsley mirando aquellas señales con el ceño fruncido— No cabe duda que el enemigo nos esperaba.

—¿Qué se habrán hechos sus platillos volantes? —preguntó Arthur. El general Tinsley contestó:

—Si quedan platillos volantes, inútilmente los buscaremos en el espacio. Estarán en sus refugios, profundamente enterrados varios metros bajo el suelo lunar.

—Pues habrán tenido que trabajar mucho los hicsinos para abrir cuevas con capacidad para siete mil platillos volantes.

El general soltó un bufido irritado. —Apuesto a que esos perros supieron por su servicio de espionaje que estábamos preparando una expedición contra sus bases selenitas. Los platillos volantes que no habían cabido en los refugios se habrán alejado para ponerse a salvo de nuestros rayos desintegradores. Y la artillería nos ha preparado un recibimiento caluroso.

—¿Por qué refunfuña? —gritó el general Shapley— ¡Eso es magnífico!

El enemigo ignora que nuestros rayos cósmicos son mortales para sus tropas, pues de lo contrario no hubieran puesto ahí a sus artilleros para que les achicharremos.

En este momento, en efecto, los proyectiles de rayos cósmicos de la astronave entraban en juego dirigiendo sus dardos invisibles contra las piezas metálicas que detectaba el radar.

Esta fue la primera vez que los terrícolas apretaron aquel botón rojo en donde el rayo apuntaba hacia abajo. Y sus efectos fueron tremendos para los artilleros hicsitas que, enfundados en sus trajes y escafandras de vacío, estaban viendo como descendía la astronave marciana en su pantalla de radar.

Los hicsitas pagaban ahora a un precio elevadísimo el fallo de su servicio de información. Y los generales norteamericanos recogían de una sola vez el fruto de su cautela. Porque habiendo mantenido en el más riguroso secreto el incidente ocurrido a los doce pilotos que sucumbieron al volar en sus aparatos sobre la astronave marciana, el enemigo ignoraba que los rayos que fueron impotentes para derribar un bombardero sin piloto, eran necesariamente mortales para todos los seres vivos que fueran atravesados por ellos.

Los hicsitas, que conocían por sus espías el resultado de la prueba efectuada en Washington contra un aeroplano sin piloto, creían que sus cañones antiaéreos estaban a salvo de los destructores rayos de la astronave.

Pero no previeron que los rayos que eran impotentes para pulverizar sus cañones podían ser fatales para los artilleros, y en esto consistió su más tremendo error.

Esto no lo sabían los tripulantes de la astronave en aquel preciso momento, porque no podían ver a los artilleros rodando por el polvo selenita a medida que el rayo cósmico, saltando de un cañón a otro, los iba fulminando con fantástica rapidez. Pero lo supusieron.

Sin embardo, los cañones empezaron a disparar contra la astronave cuando ésta descendió a cincuenta mil metros. Disparaban porque eran automáticos. Pero fueron enmudeciendo uno tras otro a medida que agotaban sus municiones, porque no tenían servidores que los volvieran a cargar. La astronave descendió verticalmente sobre el valle y se inmovilizó a una orden del general Tinsley a 20 kilómetros del suelo. Haciendo uso del dispositivo telescópico que acercaba las imágenes captadas por el objeto televisor, los ocupantes de la cabina de mando echaron una larga mirada sobre el terreno cubierto de

cañones mudos y hombres muertos.

No lejos de allí, el teniente coronel Jones detectaba en su radar otra concentración artillera y era simultáneamente saludado por una manga de granadas que, al llegar ya sin fuerza pocos metros por debajo de su aparato, estallaban inofensivamente cubriendo el negro espacio de relámpagos color naranja. No eran proyectiles de carga atómica, sino granadas corrientes, como las que disparaban los cañones terrícolas.

—¡Aló, NODRIZA! —sonó la voz del teniente coronel en la cabina de la astronave— Creo haber encontrada lo que buscábamos. Hay un eco de radar muy grande que viene de la falda de una montaña cortada a pico que hay allí enfrente. También aquí hay mucha artillería disparando contra nosotros.

—De acuerdo, CAMADA —contestó Tinsley con pupilas relampagueantes de emoción—. Siga buscando. Nosotros nos las entenderemos con los cañones.

La astronave enderezó el rumbo hacia aquel lugar volviendo a elevarse a setenta mil metros de altura sobre el suelo lunar. Al otro lado del valle se levantaban los aserrados picachos que circundaban un circo de unos cien kilómetros de diámetro. Allí estaban los cañones a que aludió Jones. Y en el caballón de enfrente del circo el potente eco de radar que, creía el comandante de la escuadrilla, era una gran compuerta de acero.

Mientras los rayos cósmicos jugaban vertiginosamente saltando de un cañón a otro con agilidad pasmosa, los generales observaron aquel eco a través del objetivo telescópico de la televisión. Pero el eco estaba todavía demasiado lejos y abajo para poder ser apreciado con claridad.

—En cuanto enmudezcan los cañones bajaremos para verlo —dijo el general Tinsley. Y añadió—: Este es un buen lugar para efectuar un desembarco de tropas.

Shapley examinó el terreno.

—Sí —dijo—. Las grietas del suelo no parecen ser demasiado anchas para los tanques.

Y empuñando un micrófono gritó:

—¡Atención, las Fuerzas del Ejército! Segundo Regimiento de Paracaidistas… prepárense para desembarcar!

En los ochenta pisos de la gigantesca astronave, diez mil soldados levantaron los ojos hacía los altavoces. Y dos mil quinientos de ellos empezaron a moverse adosándose a las espaldas los tubos de oxígeno y los acumuladores eléctricos.

Cada soldado llevaba adosado a su escafandra de titanio una diminuta emisora receptora de radio conectada con la longitud de onda del capitán y los oficiales de su Compañía. Los oficiales de cada Compañía podían comunicarse con el jefe de su Batallón con una longitud de onda especial. Los jefes de cada batallón, el coronel del Regimiento y el general de la Brigada estaban en contacto por radio entre sí y el general Shapley.

Shapley, desde la potente emisora de la astronave, podía escuchar lo mismo a sus dos generales de Brigada que la conversación que podían mantener entre sí los sargentos de una Compañía cualquiera. A los soldados les estaba terminantemente prohibido hablar, a menos que fuera para llamar a un sanitario o para dar una información realmente importante. De lo contrario se hubiese armado un guirigay de todos los demonios en el radioteléfono de los oficiales de la Compañía.

Las tropas enemigas debían ir provistas de un equipo análogo, pues en aquellos instantes el receptor de radio de la astronave interfería una conversación sostenida a gritos en lengua hisita o hicsita.

—Los cañones han dejado de disparar —anunció un oficial ayudante. Tinsley miró a través de la pantalla televisora y ordenó:

—Abajo. Que se preparen las grúas para descolgar los tanques. Y los altavoces reprodujeron la voz del general Blumenstock:

—¡Atención las Fuerzas Blindadas! Cierren la compuerta estanca, abran la válvula de escape, levanten la puerta exterior y enganchen los carros a las grúas.

¡Prepárense para desembarcar!

En la cabina de mando, el teniente coronel Steinbek ordenó a su copiloto, capitán Hetch:

—¡Posición vertical!

Hetch, recién ascendido a capitán, apretó un botón del cuadro.

La astronave, con aquella su prodigiosa facilidad de maniobra, enderezó la proa y empezó a descender verticalmente sobre el fondo polvoriento del cráter lunar.

—¡Atención, fuerzas de la cámara Uno! —gritó Steinbek por su micrófono— Dos minutos para calar escafandras y abrir tubos de oxígeno. La luz roja brillará treinta segundos antes de empezar a expulsar el aire.

La atmósfera contenida en la cámara Uno, que era la de la puerta de acceso y salida a la astronave, tenía que ser expulsada antes de abrir la puerta. De otro modo, el aire, a la presión de una atmósfera que llenaba la cabina, hubiera lanzado fuera a todos los hombres con la fuerza de un tapón de champán. La luz roja brilló en el techo. Los soldados se cercioraron de que las válvulas de su escafandra funcionaban a la perfección. Habían realizado este mismo examen un centenar de veces mientras eran adiestrados en el desierto de Mojave.

El aire empezó a escapar por la válvula de la cámara, pero los soldados no lo notaron excepto porque sus trajes se hinchaban un poco a causa de la presión interior, mayor que la exterior.

La puerta se abrió en el preciso instante en que las aletas estabilizadoras de la nave entraban en contacto con el suelo y se hundían profundamente en la espesa capa de polvo cósmico. El nivel de la puerta quedó a sólo un par de metros del suelo.

Los soldados empezaron a saltar afuera rápidamente.

Cien metros más arriba, un gigantesco tanque salía por la compuerta que había servido para expulsar de la astronave a los aerobotes. La grúa de ocho toneladas, manejándolo como una pluma, empezó a descolgarlo casi rozando el casco del cohete. Otros cinco tanques salieron simultáneamente por otras tantas compuertas, colgando de los ganchos de las grúas.

Allá en la Tierra, los cables y las mismas grúas se hubieran desbaratado con el peso descomunal de los tanques. Aquí en la Luna, cada tanque pesaba como un camión mediano. Sin embargo llevaba corazas de plomo de 25 centímetros de espesor, sin contar la de titanio.

Para este instante, los rayos cósmicos de la astronave aire-a-suelo habían sido desconectadas por el capitán Hetch. En sustitución de ellos apretó el botón de rayos aire-a-aire, siempre en previsión a un ataque por sorpresa de los platillos volantes.

Desde la cámara de derrota y a través de la pantalla de televisión, los jefes seguían la operación del desembarco con mirada crítica. Los seis primeros tanques estaban ya en el suelo y moviéndose sobre sus

anchísimas orugas. Otros seis empezaban a bajar balanceándose al extremo de los cables de las grúas.

Dos batallones de infantería aerotransportada estaban ya en tierra y desplegaban en orden de combate levantando nubes de finísimo polvo mientras corrían dando prodigiosos saltos.

El teniente coronel Jones llamó por radio.

—Estamos volando sobre un cráter a unos ochocientos kilómetros de ustedes. Aquí ocurren cosas algo raras. Hay por lo menos un centenar de cañones antiaéreos disparando contra nosotros. Y también hay casi otro centenar que está siendo remolcado por el enemigo hacia la compuerta de un refugio excavado al pie de un alto acantilado. —El enemigo no ha tardado en darse cuenta de que nuestros rayos cósmicos son mortales para el organismo —contestó Tinsley—. Es una verdadera lástima que no podamos acudir ahí en estos instantes.

—Si usted me autoriza atacaremos con nuestros barrecielos y ametralladoras.

El general Tinsley se quedó dudando unos momentos. Y en este preciso instante el enemigo dio señales de vida en el cráter donde estaba posada la astronave.

De las laderas de las montañas, a unos diez kilómetros de distancia, la artillería empezó a disparar contra la astronave, los tanques y la infantería desembarcada.

Tiraban con proyectiles atómicos. Estos, con una trayectoria sumamente tensa a causa de la débil fuerza de gravedad de la Luna, pegaron con brutal violencia y deflagraron con intensas y enceguecedoras llamaradas verde azuladas.

De encontrarse en la Tierra, la astronave hubiera sucumbido con toda certeza al impacto directo de estos proyectiles. En la Luna, donde no existía atmósfera, las explosiones de los proyectiles no tenían aire en donde provocar onda expansiva y sus efectos se reducían casi exclusivamente a los provocados por la dispersión de la metralla o, en el caso de una deflagración atómica, a la ola de calor y la radioactividad.

Ésto, no obstante, bastó para hacer rodar por el polvo al millar de hombres ya desembarcados.

La astronave acusó el impacto de los cinco proyectiles que la alcanzaron estremeciéndose de arriba abajo. Una de las granadas le

arrancó una de las gigantescas aletas estabilizadoras. Otra entró por una de las compuertas abiertas y estalló en el compartimiento donde algunos tanques se preparaban para ser desembarcados.

Todos los hombres que se encontraban en el compartimiento recibieron una dosis mortal de radioactividad y las paredes metálicas, que eran de titanio en vez del desconocido metal del casco, quedaron igualmente impregnadas de radioactividad.

El teniente coronel Steinbek tiró rápidamente de la palanca reguladora y la gigantesca astronave salió disparada hacia el espacio con la velocidad de un proyectil, seguida de las granadas atómicas del enemigo.

En tierra quedaron los mil soldados desembarcados y los doce tanques atómicos, el último de los cuales rompió el gancho y cayó al duelo desde una altura de seis metros destrozándose. Al llegar a 50 kilómetros de altura la astronave se detuvo. El general Tinsley, furioso, llamó al teniente coronel Jones, que seguía esperando permiso para ametrallar a la concentración artillera ochocientos kilómetros más al Norte:

—¡Acuda aquí con sus aparatos... maldita sea!

Y estableciendo comunicación con los tanques desembarcados gritó:

—¡Vayan por esos puercos cañones y arránquenlos de sus madrigueras! Porque los cañones estaban emplazados en cuevas abiertas en la falda de la montaña y no podían ser alcanzados sino directamente por el frente, siendo ésta la razón de que sobrevivieran a los rayos cósmicos de la astronave.

Diez carros de combate avanzaron hacia la montaña donde se abría la compuerta del refugio enemigo. Desde ocho kilómetros de distancia sus proyectiles de 105 milímetros volaban a ras del suelo para buscar los agujeros donde estaban metidos los cañones.

Las granadas atómicas del enemigo, a su vez, pegaban contra las sólidas corazas de los tanques y explotaban en forma de grandes globos de fuego levantando gigantescas nubes de polvo.

Le escuadrilla de aerobotes irrumpió violentamente en el campo de batalla. Volando como centellas por encima de los tanques lanzaron sus proyectiles cohete con cabeza de combate atómica, los cuales sacaron de sus madrigueras rocas, polvo, cañones y hombres destrozados.

Los tanques acabaron con los demás nidos y se encaminaron hacia la gigantesca compuerta del refugio subterráneo del enemigo, excavado en las entrañas de la montaña.

A un par de kilómetros de la compuerta se detuvieron y abrieron fuego.

—Creo que podemos bajar ahora —dijo el general Tinsley—. Harán falta más hombres y tanques para entrar al asalto en ese refugio.

Con sus altavoces restallando órdenes, como la vez anterior, la astronave volvió a posarse en el fondo del cráter y empezó a desembarcar velozmente tanques, hombres y cañones, tanto del tipo llamado barrecielos como de artillería pesada.

Los tanques de vanguardia, que habían llenado de agujeros la gigantesca compuerta sin lograr echarla abajo, se apartaron a una orden recibida por radio.

Dos cañones pesados abrieron fuego contra la compuerta y la echaron abajo a la segunda andanada, entre nubes de polvo.

Apenas cayó la compuerta, un platillo volante salió lanzado por la boca de la gruta vomitando proyectiles cohete y balazos como una serpiente furiosa. Los barrecielos que le estaban esperando le acribillaron apenas asomó afuera. El platillo volante se remontó en el aire y explotó a seis o siete mil metros de altura. Un segundo platillo salió disparado por la boca de la cueva...

Desde arriba, los aerobotes marcianos le lanzaron una andanada de cohetes y granadas. El platillo volante pegó en el suelo, rebotó como una de esas piedras planas que se lanzan para que vayan saltando sobre el agua, dio otro bote un kilómetro más allá y explotó en medio de un enceguecedor fogonazo y una colosal columna de polvo.

El general Tinsley dio orden a la tropa de guarecerse detrás de la astronave para que se resguardara de las radiaciones gamma que irradiaban los platillos en los primeros segundos de su explosión.

Y añadió para los que se encontraban con él en la cabina de mando:

—Ésto va para largo. Los platillos volantes que se refugiaron ahí probarán a escapar mientras quede uno.

—Pues es una lástima —apuntó Arthur Welby—. Porque si pudiéramos capturar intactos algunos de esos aparatos, nos vendrían muy bien para defendernos de sus congéneres o llevar la guerra a

Hicsos.

—Sí, eso es cierto —murmuró el general. Y volviéndose hacia Blumenstock le dijo—: Ordene a sus tanques que entren en la gruta y procuren bloquear la salida. Yo voy a elevarme con la astronave, no sea cosa que los platillos volantes de los otros refugios quieran escapar también.

—Entonces —dijo Arthur—, yo voy a desembarcar también aquí. Quiero entrar en ese refugio con los tanques.

Quince minutos más tarde, el doctor Welby se encontraba mirando a través del periscopio de un carro de combate atómico.

Otros quince platillos volantes habían intentado salir de la trampa en donde estaban metidos, a razón de uno por minuto. Los cañones barrecielos los habían derribado todos. Como la mitad de ellos hicieron explosión. Los otros quedaban tirados por el ancho cráter, rodados de un montón de planchas retorcidas y fragmentos arrancados de su estructura por la violencia del choque.

Los treinta tanques desembarcados avanzaron desplegados hacia la boca del refugio. En el cielo se perdía de vista la astronave seguida de los cinco aerobotes. Tres mil paracaidistas avanzaban detrás de los tanques.

A dos mil metros de la boca de la gruta, los carros se detuvieron y empezaron a disparar como demonios contra la cueva. Las granadas, dejando ígneos penachos de muerte, entraban por la abertura de la montaña y estallaban silenciosamente allá dentro. Los tanques avanzaron rápidamente a una orden del coronel que los mandaba y entraron en la gruta. Welby comprendió entonces por qué no seguían saliendo platillos volantes.

Las granadas de los tanques, al entrar en la gruta, habían destrozado algunos platillos que estaban formados en fila, listos para salir. El techo de la gruta no era lo suficiente alto para permitir la salida de unos aparatos por encima de otros y los que estaban averiados formaban una obstrucción que impedía la fuga de los demás.

—Yo creo que resulta peligroso entrar ahí —le dijo Welby al coronel de las fuerzas acorazadas—. No sabemos como aceptará el enemigo esta derrota. A lo peor le da por suicidarse provocando la explosión de todas las bombas atómicas y la voladura de toda la montaña. Si de todas formas no pueden salir, ¿por qué no esperamos afuera?

—Sí, creo que tiene usted razón —contestó el coronel. Y dio orden de retroceder a todos sus carros.

Los tanques abandonaron la gruta y se quedaron a la expectativa dos kilómetros más allá. El general Thomas Tinsley, al ser consultado por radio, aprobó la decisión del coronel.

—Quédense donde están hasta ver qué pasa. Nosotros estamos desembarcando tropas y material en otro cráter. Hemos aniquilado como dos centenares de platillos volantes que intentaron escapar de su guarida. Uno de los platillos explotó nada más asomar la nariz fuera del túnel y provocó el derrumbamiento de media montaña. Ahora el enemigo está prisionero dentro de su refugio. Andamos investigando si tienen otra salida. Creo que tenemos a esos pillos bien cogidos. Ellos no esperaban que nuestros rayos aniquilaran también a las personas y que, por lo tanto, iban a quedar presos en sus propias guaridas sin poder salir a luchar con su artillería. Llámenme si ocurre alguna novedad…

La novedad ocurrió exactamente dos horas más tarde.

En la puerta de la gruta apareció un grupo de hombres enfundados en trajes de vacío y escafandras que avanzaron tímidamente agitando una bandera blanca.

—¡Hola! —exclamó Welby regocijado— Parlamentarios tenemos.

Se dio por radio la orden a toda la tropa de no disparar. Los parlamentarios, seis en total, siguieron andando, tardando 20 minutos en llegar hasta el tanque del coronel.

Welby y el coronel, equipados con traje y escafandra de vacío, saltaron del tanque para recibir a los parlamentarios. Éstos se detuvieron a diez pasos de distancia. Dos de ellos se destacaron del grupo, avanzaron hasta Arthur y el coronel e hicieron señas de desear hablar. Fueron introducidos en el tanque. Allí los parlamentarios se despojaron de sus escafandras.

Eran, dijeron, dos oficiales subalternos del ejército hicsita. Habían tenido que librar una batalla a tiros en las entrañas del refugio para poder salir a parlamentar. Sus jefes querían provocar el estallido de todos los explosivos atómicos almacenados en la base para destruirlo todo.

Pero allí se encontraban 7.000 infelices hicsitas que no deseaban morir, como tampoco habían deseado abandonar su planeta nativo

para venir a hacer la guerra en otro mundo. Sus jefes los habían traído engañados, diciéndoles que bastaría que remataran unos cuantos moribundos para entrar en posesión de grandes extensiones de una tierra riquísima.

En Hicsos, planeta de muchos océanos y pocos continentes, la tierra no bastaba para sustentar a una población de 8.000 millones de almas. Además, la tierra era de los nobles, los cuales exigían tributos caprichosos y siempre exorbitantes de los colonos que las cultivaban.

Muchos millares de campesinos, seducidos por la idea de poseer tierra propia en un nuevo y fértil planeta se ofrecieron para venir a colonizarlo. Siete mil de esos pobres colonos se encontraban hacinados en los subterráneos del refugio, esperando el momento de tomar posesión de sus nuevas tierras con muy poco trabajo…

Ellos, los oficiales subalternos, que también eran plebeyos, no podían consentir que sus hermanos murieran secundando el heroísmo de unos jefes que les despreciaban desde lo más profundo de su corazón. Se habían rebelado contra ellos, despedazándolos, y ahora querían rendirse. En el refugio quedaban casi un centenar de platillos volantes que no pudieron escapar. Todo pasaría a poder de los terrícolas si éstos respetaban sus vidas.

El coronel fue al aparato de radio y consultó esta oferta con el general Thomas Tinsley.

—Acepte —contestó Tinsley—. También nosotros acabamos de recibir una oferta semejante. ¿Y sabe usted por qué? El grueso de las fuerzas aéreas se retiraron al tener noticias de que veníamos a atacarles en la Luna. Confiaban en defender estas bases con la artillería que no podía desintegrar nuestros rayos. Ahora, con nuestra astronave dominando el cielo, los hicsitas que quedan aquí saben que no podrán recibir refuerzos. Como estas fuerzas fueron traídas directamente de Hicsos a estos refugios acondicionados para ser desembarcadas después en la Tierra, no fueron equipadas con trajes de vacío que no iban a hacerles falta si sus planes se hubieran desarrollado según lo previsto. Así, pues, no pueden salir a hacernos frente. Son prisioneros de sus propios refugios y la única solución que les cabe es defenderse hasta morir. Eso es lo que harán la mayoría de las guarniciones que todavía no hemos atacado. Pero allí donde haya un cabecilla rebelde los hicsitas se nos rendirán. Parece extraño, pero detestan a sus jefes. Esta misma chusma no es mejor ni más humanitaria que la nobleza que les domina. Vea usted, venían a colonizar nuestro mundo. El único trabajo que se les exigía era que remataran unos cuantos

moribundos... y ellos estaban dispuestos a hacerlo. En fin, coronel, concédales la rendición. Al menos entraremos en posesión de algunos cientos de platillos volantes y empezaremos a conocer su mundo y su carácter. Ellos nos descubrieron primero a nosotros, pero todo parece indicar que vamos a tener que ser nosotros quienes les civilicemos...

El día lunar tiene 14,5 días terrestres de duración. Cuando el crepúsculo empezó a caer sobre aquel hemisferio de la Luna que jamás había visto el hombre de la Tierra, el último reducto de los hicsitas en el satélite caía en manos de las fuerzas expedicionarias.

Fue una campaña corta, pero extremadamente dura. Los hicsitas sólo se rindieron en contadas ocasiones. Los demás... volaron juntamente con sus refugios, sus bombas atómicas y sus mortíferos platillos volantes.

FIN